

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA
Editores propietarios: Empresa Zig-Zag, calle Teatinos núm. 666



¡QUE DULCES LAS CARICIAS INFANTILES!

Hechos y Notas



En el mes que acaba de terminar, ha celebrado Chile uno de los acontecimientos más memorables en la vida de un pueblo: la fundación de su primera publicación nacional. El 13 de Febrero de 1812 apareció la "Aurora de Chile", el primer periódico que sostuvo los principios de la independencia. Como se vé, nó siempre el día trece tiene los caracteres fatales que los supersticiosos le asignan.

Al amanecer de ese día—en aquellos tiempos se madrugaba mucho—comenzó á circular de mano en mano el nuevo periódico, no más grande que una hoja de papel de oficio. En todas las fisonomías se pintaba la satisfacción y el asombro al tener por primera vez á la vista un periódico, en el cual se comentaba los acontecimientos públicos y se daba noticias del extranjero. Es menester contemplar con los ojos de la imaginación lo que sería Santiago en aquella época, de población reducida, sin pavimentos, ni alumbrado, de calles estrechas y habitaciones pobres y sin arquitectura, una reducida aldea en suma. La capitania general de Chile había vivido mediante el real situado que la auxiliaba desde Lima, para sus luchas en contra de los indios araucanos que habían tenido en jaque durante trescientos años á los ejércitos españoles; perdida en el último rincón del mundo, sin inmigración, ni extranjeros, sin industria y sin comercio vejetaba olvidada hasta que súbitamente resucitó como un nuevo Lázaro. La primera voz que vino á murmurar á sus oídos las palabras de libertad y de independencia fué la del nuevo periódico fundado por un fraile de la orden de la Buena Muerte llamado Camilo Henríquez, glorioso creador de la primera hoja impresa en la cual se vieron reflejados, en tosco y pobre estilo, pero con alma radiante de luz, las primeras palabras que hablaban los ideales de un pueblo que nacía á la vida de las naciones libres.

Durante cerca de trescientos años, la tierra de Arauco se había hecho célebre por su resistencia desesperada; los españoles con las armas en una mano y la azada ó el arado en la otra, habían fundado pueblos, abierto caminos, trazado carreteras y arrojado puentes sobre los ríos. Era como un campamento que avanzaba sobre la región de los bosques. Se estableció la administración pública, nació la Real Audiencia, crecieron los Cabildos que habían de ser cunas de libertad, se inició el comercio, pero nada tuvo su verdadera importancia hasta que vino á pronunciar su palabra mágica, desde las columnas de la "Aurora de Chile" el fraile de la Buena Muerte. Hasta entonces unos pocos, los que vivían en las cumbres, habían tenido la audacia loca de pensar en la independencia. Camilo Henríquez dijo en voz alta y firme lo que esos pocos hombres pensa-

ban y la buena nueva de nuestro Evangelio político se extendió á todas las conciencias, se multiplicó, se propagó á las muchedumbres, hasta ese punto inconscientes, y se convirtió en un hecho que las armas no podían destruir. Es que la fuerza de una grande idea es la más poderosa de las fuerzas existentes.

Nada es más interesante que la historia de la fundación de nuestro primer periódico. El Gobierno del Chile nuevo comprendió la necesidad de establecer la primera imprenta, encargándola á Buenos Aires cuyo comercio comenzaba á ser importante; más no había ninguna en venta. Por una feliz coincidencia, se encontraba entonces en Chile un sueco de nacimiento, nacionalizado norteamericano, llamado Mateo Arnaldo Hoevel partidario ardiente de la emancipación de Chile. Este encargó á los Estados Unidos el material de la primera imprenta, que llegó á Valparaíso, en el vapor "Galloway" en Noviembre de 1811; junto con ellos, vino un grupo de tipógrafos norteamericanos para instalarla y servirla. A los Estados Unidos debemos la primera imprenta nacional, así como el reconocimiento de nuestra independencia y el envío del primer cónsul extranjero establecido entre nosotros. Ese primer material de imprenta costó la suma de veinte mil pesos de nuestra moneda actual sobre poco más ó menos. Los operarios, Samuel Burr Jhonston, Guillermo Burbridge y Simón Garrinsón, contratados para servirla, ganaban mil pesos anuales ó sea cerca de cinco mil de la moneda del día cada uno.

Los vecinos de Santiago corrían por las calles mostrándose unos á otros el primer número, que tuvo un tiraje de trescientos ejemplares, mayor influencia en la vida nacional que los grandes diarios del día con sus veinte ó treinta mil ejemplares de tiraje diario. Los nuevos ciudadanos se abrazan por las calles mostrándose el nuevo periódico que venía á traerles la luz y la idea de una época nueva. Era que ese día había comenzado para Chile una nueva era—se había trazado una gran línea entre la época colonial que concluía y la República que comenzaba.

El artículo de fondo titulado "Nociones fundamentales sobre el derecho de los pueblos" sostenía la soberanía popular como base del derecho público y como fuente de todos los poderes, rompiendo con las antiguas tradiciones del principio de derecho divino de los reyes. Camilo Henríquez sostenía "que la autoridad suprema trae su origen del libre consentimiento de los pueblos" que podemos llamar pacto ó alianza social". Como se vé, eran los principios de Rousseau que habían inspirado la revolución francesa de 1789. Los pueblos, según Camilo Henríquez, eran dueños de darse la constitución y las leyes que mejor les conviniesen.

El hombre que hablaba en semejantes términos á la conciencia nacional, desde las columnas del primer periódico chileno, era sacerdote. Se llamaba Camilo Henríquez y ha-

bía nacido en Valdivia en 1769; de allí había pasado á Lima, que era entonces la metrópoli intelectual así como lo ciudad más importante de Sud-América. En esta ciudad recibió la educación superior que por aquel entonces era dable adquirir en la ciudad de los virreyes. Era un muchacho de fisonomía descarnada y macilenta, de ovalado rostro, barba aguda, frente espaciosa, fisonomía inteligente, iluminada por grandes ojos oscuros y tristes que reflejaba en sí las amarguras de una existencia consagrada por entero al estudio y á la meditación, á la cultura intelectual. Pobrezas y dolores le cercaban de todas partes. Su existencia era continuo batallar, sin recursos para las más apremiantes necesidades de la vida. Y, sin embargo, se sentía superior al medio en el cual se hallaba colocado, veía las deficiencias del sistema colonial español, las trabas y restricciones impuestas á su comercio, la proscripción á que se hallaban sujetos los súbditos americanos desterrados de los empleos públicos que sólo se concedía á los españoles. Llegaban hasta él los rumores de la revolución francesa, encendiendo su cerebro con los reflejos ardientes de las hogueras revolucionarias, y con el resplandor de las ideas nuevas. La miseria le hizo abrazar el estado eclesiástico, sin vocación suficiente. Nació de aquí un estado de alma contrariado y ardiente, entre lecturas que le alentaban y disciplina que le comprimía; por eso fué llevado á los tribunales del Santo Oficio, acusado de leer libros prohibidos. Una vez absuelto pasó á Quito, en donde se convirtió en paladín de las ideas revolucionarias que comenzaban á esparcirse por América.

La noticia de los sucesos revolucionarios que se acababan de producir en su patria le hizo volver á Chile, encendido el ánimo con los propósitos de una agitación radical y definitiva. Así lo puso en planta al pisar el suelo tan amado de la tierra natal. Su primera proclama fué un grito de independencia, lleno, amplio, nuevo, audaz, que proclamaba de voz en cuello lo que algunos pensaban tan calladamente. Nadie tenía derecho para gobernar un pueblo contra su voluntad. Pedía la proclamación franca y explícita de la independencia. "Que se diga algún día: La República, la potencia de Chile, la majestad del pueblo chileno."

Cualquiera, al oírle, hubiera creído que se encontraba en presencia de los tribunos de la antigua Roma. Era como un eco perdido, al través de los tiempos, de las almas desterradas de los antiguos guerreros.

La figura de Camilo Henríquez se destaca vigorosa y pujante en presencia de los demás hombres de su tiempo: sobrepasaba de cien codos, como las cumbres de nuestras cordilleras. Para comprenderle es necesario tomar en cuenta que por aquellos años la ilustración en América

era escasa; apenas si en Chile, una media docena de hombres como Rojas y el señor Salas poseían una mediana biblioteca, pues el gobierno español prohibía la importación de libros á las colonias, como si las ideas pudieran comprimirse. La masa de nuestros hacendados y de los hombres que ocupaban rango social proeminente, jamás había tenido un libro entre sus manos.

En medio de una atmósfera moral estrecha y fanática, atrasada y vetusta, se presenta un hombre lleno de ideas nuevas, que sostiene virilmente y con la energía de una resolución inquebrantable. No era grande escritor, en el sentido actual de la palabra, es decir no fué un artista, pero fué mucho más, infinitamente más: un gran sembrador de ideas nuevas y fundamentales para la vida nacional. El ardor generoso de su patriotismo, sus conocimientos históricos, le convertían en el apóstol de una grande obra nacional, en un Pedro el Ermitaño de la cruzada patriótica de la independencia de Chile. Algunas de sus páginas respiran el patriotismo candente de las grandes épocas creadoras:

"En el momento en que los pueblos declaran y sostienen su independencia, decía en la "Aurora" del 13 de Agosto, gozan de la libertad nacional; su libertad civil y política son obra de su constitución y sus leyes. ¿Y quién puede negarnos la libertad de establecer nuestra libertad interior, ó lo que es lo mismo, el buen orden y la justicia? Aún nos resentimos de los defectos del antiguo sistema: la ignorancia de tres siglos de barbarie pesa sobre nosotros; nos ha retenido la irresolución natural de un pueblo esclavo por tantos años y que jamás tuvo la menor influencia en la administración, ni en los negocios públicos. Ha habido oscilaciones momentáneas propias de la infancia de las naciones; pero en medio de estos instantes de crisis, en medio de nuestra inexperiencia y oprimidos bajo el peso de nuestros heredados defectos, hemos respetado y han sido inviolables para nosotros la equidad y la humanidad... Las revoluciones son el orden moral lo que son en el orden de la naturaleza los terremotos y las tempestades. Los métodos son terribles pero hasta ahora nos han sido favorables.

Los escritores chilenos, durante medio siglo no han hecho más que glosar tan memorables ideas.

Junto con Camilo Henríquez, escribieron en la "Aurora" don Antonio José de Irrisarri y don Manuel de Salas. Fueron los primeros periodistas de la nueva República, los sembradores de ideas, los iniciadores de una nueva era intelectual y política entre nosotros. Que renazcan sobre su tumba olvidada los laureles envejecidos por un siglo.

LUIS ORREGO LUCO.



LA SEMENTERA



OLANO, mañana hay que empezar á aceltar las máquinas. La cosecha se acerca y los trigos están de lo mejor. Un día más podría sernos fatal.

—Bien, señor.

Se separaron: el amo al galope de su alazán que brillaba al sol, y el mayordomo al paso de su yegua tordilla salpicada de manchas negras como lunares. La tarde moría en un derroche de colores que iba del blanco deslumbrante al bermellón más suave y al violeta con tintes de carne sin vida. Se arremolinaban lejanos vapores en horizontes más oscuros, que era el del que huía el sol, y una inmensa piedad del alma universal caía como una caricia infinita sobre la tierra agradecida.

Solano se detuvo en la punta del Cerrillo de Oro, desde cuyos lomaes se prendía aquel enorme manto de olas doradas que terminaba en las casas de la hacienda. Desde allí contempló la suave ondulación de las espigas engreídas que tenían susurro de besos y oían á grano maduro. Vió allá lejos el fin del gran dominio del patrón, la hacienda poderosa, grande como una patria y fecunda como entrañas de elegida mujer. Admiró con su ojo perspicaz de viejo campesino la fertilidad de la tierra, y vió la nada de sus sudores y de sus fatigas ante aquella majestuosa mansedumbre de hembra que se deja quitar sus tesoros por amor. ¡Qué hermosa estaba aquella tarde la tierra bendita, la madre eterna, la amada inmortal!

Por el camino que subía por la loma suave, entre zarzamoras y membrillos, iban como hormigas hacendosas los peones, unos acompañados de sus mujeres, otros solos y aislados. Todos iban al reposo, y el caserío, ranchos humildes con techos de totoras y arrayanes, recibía el último beso del sol en una cuesta que miraba al arroyo.

Cayó el silencio sobre todas las cosas y la majestad de la noche imperaba ya como reina y señora sobre lo creado.

Solano se fué entonces al paso de su cabalgadura y dió pronto con una mujer que, reclinada á la vera del camino, aguardaba con miradas impacientes.

—Me dijiste que al lucir las estrellas; aquí me tienes, dijo ella.

Y se levantó con arrogancia que desafiaba á la grandeza misma de la tarde que cantaba á Dios.

Las estrellas en el cielo eran innumerables y la plenitud de la sombra se había adueñado de todos los horizontes.

—Siempre huraña, dijo el mayordomo, y su voz tenía la inflexión de la rabia contenida. Yo no sabía que habían nuevas por las casas del patrón, y tú sabes...

—Yo no sé nada. Yo sé que lo que me dices te lo han inventado; pero no lo conseguirán, no me echarán como a un perro.

—Sí, eso se sabe. El caballerito te tiene buen ojo y no hay más que decir. ¿Sabes que mañana empieza la cosecha?

—Lo sabía.

—Te tocará trabajar en la máquina del "gringo". ¿Estás contenta?

—Yo estoy contenta siempre cuando no me hacen mal...

En el silencio vibraron las espuelas con aire de campanillas fatídicas. La yegua hinchó los hijares y resopló levantando la cabeza y fué un gran suspiro doloroso en la quietud de la tierra.

Había en la mirada de Solano aquella mezcla de dolor y de ra-

bía que dejan los amores sin fe. Se agrandaban sus pupilas como si quisieran absorber toda entera la figura de la campesina y miraban después allá lejos, donde terminaban los trigos, hacia las grandes casas donde algo se le robaba á él que todo lo dió desde que su madre lo parió en el rancho de totoras. ¡Qué hermosa la tierra, qué entrañas tan puras tenía cuando daba semejantes frutos! Y por su cabeza pasaba formando rudo contraste la abnegación de los humildes y la rapiña de los poderosos. ¿Acaso en el fondo de todos no germina un principio de revolución y no brota un germen de socialismo? Es tan antiguo el ideal de los desesperados como la tierra misma...

El se empeñaba en atormentarse todavía con el recuerdo de aquel amor que se le aferraba al alma como una liana al peñón. Acaso obedecía á esa ley secreta que nos hace torturarnos más y más con un dolor que amamos... Hacía tiempo que había sucedido aquello: la ruptura, la desavenencia, el alejamiento huraño, el amor visto á través del velo de la antipatía y de la mutua vergüenza. Fueron entonces dos caminos que iban paralelos sin encontrarse nunca, y aquel día, cuando en la loma de la Enjalmita tropezaron en una vuelta brusca del camino, se miraron y se hablaron un poco.

—Mañana, le había dicho él, al lucir las estrellas.

Y allí estaban, sin saber si se amaban ó si se aborrecían, perdida la vista en el horizonte teñido de carbón y hundida el alma en la desconocida lucha del amor con ese algo que no es ni odio, ni aversión, ni antipatía, pero que es un poco de amargura.

—Bueno, dijo él de pronto, vámonos. ¿Quieres que te acompañe? Nos iremos por el camino de la sementera y hablaremos.

—¿Y de qué hablaremos nosotros?

—Hablares, Rita, hablaremos... yo quiero decirte algo que he pensado mucho y que me dá rabia tener por más tiempo aquí dentro. ¿Tienes miedo que puedan verte conmigo?

—No... es que...

—¡Sí, ya comprendo. No, no te verán, y si te vieran nada podrían hacerte. ¿Quieres que te acompañe?

ELLA dudó. Paseó sus ojos por las lejanías oscuras donde las estrellas floraban y se oyó el ladrido de los perros.

—Bueno, dijo.

Y echaron á caminar por la ancha ruta para las carretas que bordeaba el trigal.

Caminaban ya en el dominio de la noche y, como no se veían, tenían valor para decirse cosas que habrían tenido miedo de la luz. La complicidad de la sombra los hacía unirse, y ellos se asustaban al verse tan juntos, tan juntos, que sentían en los nervios un estremecimiento de pasadas y conocidas caricias. El animal los seguía, dócil, husmeando en la tierra la ruta de las carretas que habían dejado sobre el camino huellas de su paso fecundo.

La voz varonil rompió el silencio y una onda sonora se fué agrandando por los trigos y fué á morir, para nacer de nuevo, en el confín de la extensa llanura. Era él que hablaba rudamente, sin calma, llevado por el vértigo de la pasión que ponía alas al cansado pensamiento.

Decía: "Ya no eres tú la de antes. Yo te lo dí todo ¿entiendes? todo. Fuiste para mí, con esta tierra lo que yo más quería. Más que el trigo me gustaban tus ojos, porque entonces miraban buenamente; ¡eras tan chiquilla! Todos me miraban y, si me tenían envidia, me respetaban. ¿Sabes lo que hacen hoy? Me miran y se ríen mientras se agachan para abrir el surco... Todos son malos.

Yo por eso no quiero á nadie, y á ese... á ese lo aborrezco. Tú no sabes el mal que me has hecho; eres una vifbora, eres mala, muy mala, peor que la yerba del mal, sí, peor, porque yo no sé lo que voy á hacer. Te quisiera matar ¿oyes? matarte... Pero, ¿y los otros? Quedaría todo esto: las casas allá y la mía allí ¿la vez? Todo eso me mataría ó haría que matara ¿Por qué lo hiciste? ¿Ah?

Ella, esquivando y mal humorada, llevaba la vista de las estrellas hasta el suelo y enmudecía tercamente. Había en toda la tierra silencio y sombra como presagiando secretos, desvelos del dolor en la trágica obscuridad. La noche estaba tentadora para el mal y, sin embargo, la sementera tenía un suave rumor de himno de gracias é iba á morir como un mar de oro en la obscura lejanía sembrando una ofrenda á la bondad de Dios.

—¿No me contestas? Dime ¿por qué lo hiciste?

Y con movimiento que tenía ritmo de misterio comprendido, su cabeza se movió de lado á lado y sus ojos abarcaron el mar dorado de espigas.

—Por esto ¿ah? porque era rico, porque él era el patrón; claro... Todo esto es tuyo ahora ¿no es cierto? Mira, qué sementera más hermosa y más rica. ¿Ves como apenas vemos y casi nos tapan las espigas? Yo conozco: esto es de lo mejor, la tierra ha estado como nunca, lo ha dado todo, porque talvez sabía que era para tí... ¿Y sabes quién ha hecho todo esto? Yo, ¿no ves? Yo que lo he dado todo y que te he dado á tí...

La mano gruesa y tosca, acostumbrada á gobernar animales bravíos, cayó pesadamente sobre el brazo de la campesina y hubo en sus labios un quejido tan callado y tan honrado como si hubiera nacido en el confin del trigo.

—Déjame, balbuceó apenas, como si la palabra se hubiese ido en lágrimas, déjame...

—¿Que te deje! No tú me dejaste, pero yo no te dejaré, yo no te dejaré, Rita. Tú vas á ver cómo me vengo, porque quiero vengarme... á tí no te haré nada, porque... te quiero todavía. Sígueme. Ven.

Continuaron caminando y subieron con lentitud la loma de la Enjalmita desde donde el viento se precipitaba sobre el trigo para batirlo en ondas. No se hablaban, pero, como llegaran más cerca de las estrellas, miraron el cielo siempre dulce y con temblor de cabezas doradas de espigas; miraron hasta abajo y la sementera rumoreaba en la sombra su hermosa canción de fecundidad y poderío. En el confin, como si una estrella hubiese caído sobre la tierra, brillaba una luz en el límite de la sombra...

—¿Qué rico es don Lucho! dijo la voz que ahora tenía temblor de ira ó de remordimiento. ¿Verdad, Rita?

Tampoco habló ella porque la terquedad es patrimonio de los que todo lo dieron ó de los que todo lo olvidaron.

—¿No me contestas? Tú vas a ver...

Y de un boldo seco que parecía retorcerse bajo un peso de dolores que duraron siglos, nudoso como manos de peón que han horadado la tierra, resquebrajado como cutis de titán que recibió todos los vientos de la cumbre, Solano desprendió las ramas más cercanas que se quejaron al quebrarse con ruido terco que semejaba una protesta. Cayeron sobre el suelo y fueron formando un hacinamiento extraño que tenía formas de ruina ó de desvasación.

—¿Qué vas á hacer, Solano?

—¡Ah! hablas por fin... voy á encender un cigarrillo.

La lucecita temblorosa de un fósforo rasgó la sombra como una cuchillada. Solano encendió su cigarro y, como si delicadamente fuera á dejar sobre la tierra la débil llama que quería apagar el aire manso, la acercó á las hojas que chisporrotearon como si despertaran de su sueño á la cbra de la purificación.

—Por esto te vendiste, dijo él.

Y la llama dominó el boldo ruinoso y se alargó como una lengua que entonara salmos de arrepentimiento por la extensa manura.

+

Durante una noche y un día el fuego purificador fué extendiéndose por la amplitud de la tierra fecunda y, á su paso, el suelo quedaba resquebrajado y seco, tal como las almas después del pecado. Todo cayó bajo su imperio: desde la altiva y rubia cabeza que el sol dorara con orgullo hasta la teatina ondulante que acariciara en las tardes del estío el talle de las espigas engreídas.

Y al caer la tarde del siguiente día, cuando reunidos los labriegos, el mayordomo y el amo en la cuesta de la Enjalmita comentaban é inquirían el motivo de tamaño desastre, dijo Solano, con tono lento decir socarrón y malicioso:

—No se le dé nada, D. Luis; el fuego purifica y la tierra se torna mejor con el castigo. La ceniza es fecunda en bienes y no deja huellas de mal.

Y como por el fondo del valle cruzara en ese momento una sombra conocida, él la miró y pensó sí, tal como la sementera, el alma aquella daría en lo sucesivo el fruto apetecido.

E. DE LA BARRA ORELLA



DURANTE EL DESCANSO

FRANCISCO MASRIERA





EL HOGAR

T. B. KENNINGTON

La rosa encarnada



ERA blanca como una vara de nardos; en la piel satinada de su cuello y de sus manos se dibujaban vagamente unas celestes venas, y era su frente tan pura y sus labios tan finos, que al verla pasar sobre la verdura florida de los campos, serena y fría como una gran azucena inmaculada, más parecía visión mística que mujer de carne y hueso. Margarita—Margarita se llamaba—y en

su frente tersa y espaciosa, aún no se había señalado esa arruga precursora de las primeras borrascas de la vida; su corazón no había sangrado todavía el desengaño; era un botón de rosa que esperaba las caricias del sol para mostrar su lozanía.

No conoció á sus padres; el asilo de la caridad pública fué desde entonces su familia, y las monjas que morían, eran pedazos de madre que se iban... ellas la adoraban; era Margarita para ellas, algo de esa maternidad enfermiza, que todas las mujeres sienten desde pequeñas; primero, las muñecas... después ven en sus sueños los querubines del cielo en forma de ángeles pequeñitos que les sonríen, dejándose acariciar...

Margarita tuvo muchas madres; cada una de ellas dejaba en sus caricias algo de su propio sér, lo más bueno de su alma quiza... porque Margarita era la más buena y la más dócil de las asiladas.

Enfermó. Sus "madres" escucharon anhelantes al viejo médico, que la recetaba una temporada de campo. ¿Sanará pronto? ¿Está grave? preguntaban, abrumando al pobre don Joaquín. Y él, con su sonrisa cansada y triste, les contestaba: "Sí, sanará. Y el próximo invierno será monja como vosotras... no os inquietéis... no es grave"...

Aquella blanca rosa incommovible paseaba por última vez su serena corola por la majestad de los campos. Pasaría la primavera fecunda y el estío ardoroso, y allá en los días en que las ho-

jas caen con tristeza otoñal, las puertas del convento se abrirían para recibir al "capullo" y encerrarlo para siempre en el tranquilo claustro. Parecía sentir al acercarme á ella, como una aroma de incienso esparcido por todo su sér.

—Margarita, mi amiga ¿en qué sueñas? le pregunté un día.

—Sueño, me dijo, en un niño precioso, nacido en Belén, y adoptado por los pastores...

—Ah, virgencita mía; para alabar tu belleza no sé decir más que cosas viejas: rosa mística, torre de marfil, casa de oro.

Era la época en que las golondrinas regresaban á sus nidos, después de un invierno pasado en cálidos países; era la época en que comenzaba el reverdecimiento de la tierra; eran las tardes tranquilas sin ser pesadas, tibias sin ser calurosas. ¡Era la primavera! Ella gozaba de la naturaleza en medio del campo y se absorbía oyendo el canto de la tierra que germinaba, sintiéndose vigorosa con el vigor que le comunicaba la naturaleza. ¡Era la juventud, era la vida!

Y aquel blanco capullo se estremecía al contacto de la desbordante salud, de la soberbia vida, dominadora y rugiente... y pareció entender algo de un modo confuso y ciego, de aquel grito de la tierra y de aquella endecha altiva y sagrada de los ruiseñores!

Un día la dije:—Margarita ¿en qué sueñas? veo que tus mejillas se colorean y tus ojos adquieren brillo...

—Sueño—me contestó—con el mismo niño... pero se ha hecho hombre... ha crecido y lo veo pasar todas las noches por mi alcoba, sonriente, amoroso, coronado de rosas...

—Ah, mi bien; entra en la vida. No te pese. Ya no eres un capullo blanco, eres algo nuestro... algo del mundo.

Y ví el convento á cien leguas de distancia, mientras que ante mí, ví una rosa encarnada, una rosa roja... eran sus mejillas... ¡Era la juventud, era la vida!

P. DE V.



1



2

CONCURSO



3

DE
BELLEZAS



4



5



6



7



8



9



10



11



12



13



14



15



16



17

NOTA

“Selecta” comienza á publicar en este número, los retratos de las señoritas presentadas para el Concurso de Belleza. Damos los retratos que nos ha sido posible obtener hasta el presente, reservando un espacio para las fotografías que aún nos faltan y que nos ha sido imposible obtener; se irán llenando, en cuanto se dignen remitirlas las interesadas. Para obtener, en lo posible, un juicio imparcial del público, pondremos un número á cada retrato en vez del nombre correspondiente. La votación se verificará en seis números.

Las fotografías del Concurso se publicarán hasta el final de éste, en todos los números, á fin de que el público tenga facilidades para verlas, y votar en conciencia.

Los "Salones" de París

LOS ARTISTAS CHILENOS EN EL SALON OFICIAL

Este es el antiguo, el Salón Oficial, el más favorecido, el más extenso y solemne (se abre en el macizo central del Gran Palacio), el Salón que alguien ha llamado "de la tradición", entre tanto que el de la Sociedad Nacional vendría á ser el "de la distinción", y el de los Independientes el "de la destrucción"...

El Salón de los Artistas Franceses, desde los acontecimientos de 1889, pasó á ser el punto de reunión de las reputaciones oficiales,—entre las que, hay que decirlo, se cuentan grandes artistas,—el salón clásico, académico, seguramente lleno de obras muy acabadas, pero, necesariamente, algo rutinario y monótono, mirado al lado del Salón de la Sociedad Nacional, cuando dicho Salón era libre, revolucionario, genial, innovador y mirado, ahora, al lado de los Independientes.

Hay siempre verdadero interés en ver este Salón, tan zarandeado, por cuanto nunca faltan en él algunas obras geniales y otras encantadoras; y por cuanto, aparte de esto, nos dá una noción del arte en su término medio, en su estado general (noción que ahora también nos dá el de la Sociedad Nacional), noción que no encontraremos en los salones libres donde impera lo nue-

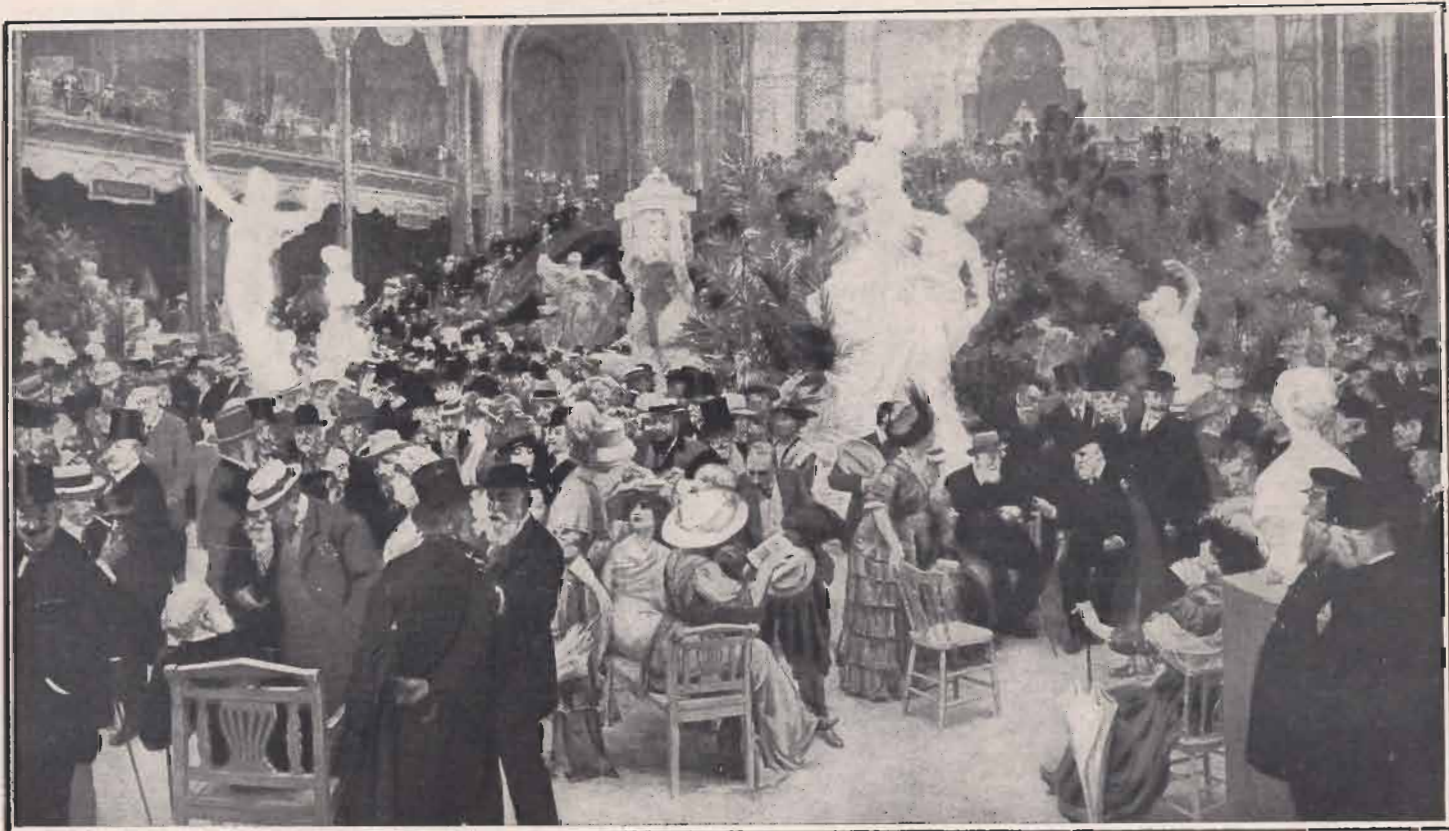
vo, lo avanzado, es decir lo indefinido y excepcional.

Para nosotros, los chilenos, este Salón tiene el irresistible atractivo de mostrarnos las obras de nuestros compatriotas, artistas que estudian y luchan en París, luciendo esas dotes, excepcionales en América, que han hecho pensar que fué á Chile donde el talento artístico de la raza española se trasladó sin percance ni disminución, y demostrando,—como en otras crónicas, hace tiempo, tuve la suerte de decirlo,—en la terrible lucha de esta ciudad, mayores condiciones de carácter. Además de hombres de talento, estos jóvenes artistas chilenos (este año son,—fuera de Plaza Ferrand, Reyka y Thomson, que hace diez años aquí se instalaron,—Alegría, Concha y Buckhan), son verdaderos héroes. El Gobierno los abandona, después de engañarlos, con vislumbres de protección; los particulares, indiferentes, si no egoístas y avaros, los abandonan también, salvo honrosas excepciones de que hablaré en otro artículo. Quedan solos, con el arma de sus inciertos pinceles y la firme coraza de su amor al arte y legítimas esperanzas. Así viven, se mantienen, y algunos triunfan. Son héroes de una aventura, más que interesante, conmovedora. ¿Sabéis lo que es vivir en la vorágine del París intelectual, sin dinero, sin lustre, sin sostenes?

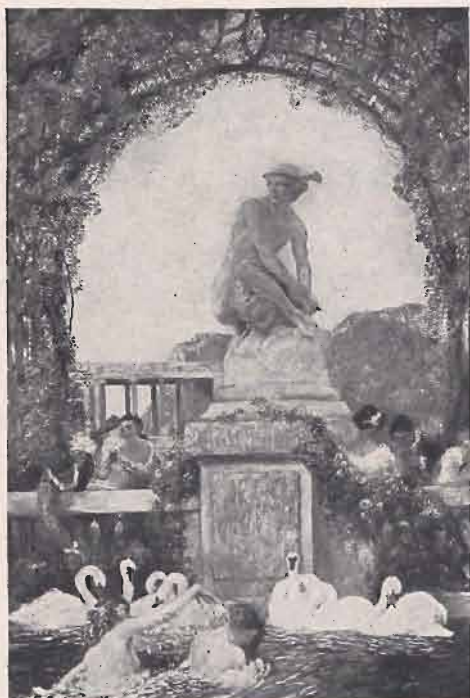
Algunos de estos modestos y esforzados compatriotas triunfan, es decir, obras suyas son aceptadas en los salones. Se estima esto un gran éxito, casi una consagración, pues se sabe que sólo por su mérito, esas

obras han sido aceptadas en los salones. ¿De qué otra influencia, (hay que saber que las influencias en París, como en todas partes, obran poderosamente) que la del mérito de sus obras han podido disponer esos muchachos extranjeros, abandonados y pobres? En estas condiciones el triunfo es grande; recordemos que cada año los "rechazados" se cuentan por miles, (este año, en los dos salones fueron 15,000).

Son los maestros,—pintores ilustres en quienes los años y la gloria han desarrollado el amor á la justicia,—quienes advierten el talento en esos desvalidos estudiantes y les toman cariño y los ayudan, haciendo por ellos lo que no hacen los Gobiernos de sus países, ni sus compatriotas acaudalados. A Plaza Ferrand le ayudó en su carrera,—que ahora es brillante y segura—(París espera de este muchacho un gran retratista,)—el pintor Le Poitevin, que fué tan conocido é influyente en el mundo del arte. El célebre paisajista Guillemet, hombre espiritual y de corazón, ha descubierto el talento, todavía indeciso pero raro y exquisito, y el noble carácter del joven chileno Buckhans, quien trabaja en una mísera buhardilla de la calle Cherche Midi esperando que le llegue la fortuna sin sacrificarle,—haciendo la



UN VIERNES EN EL SALON DE LOS ARTISTAS FRANCESES



Hora dichosa

pintura común que halaga al público,—un ártice de su orgulloso y extraño ideal artístico. Guillemet lo frecuenta, lo protege,—(cuanto Buckhans permite que lo protejan), —lo ama, dice que vé en ese joven indígena, de sangre tudesca, un futuro gran pintor. Y ha sido Jean Paul Laurens, el maestro glorioso de la Academia de Bellas Artes, quien ha abierto las puertas del Salón Oficial á los estudiantes chilenos entre los que reconocía talento de primera clase.

A esto se debe que, siempre, en el Salón de los Artistas Franceses, en el Salón Oficial, Chile esté representado; y algunas veces lo estuvo tan brillantemente que el premio le fué adjudicado, ante la emulación de los demás países de Hispano-América, cuyos hijos nunca, ó casi nunca, lo obtuvieron. Figuran entre los laureados del Salón de París los chilenos Pedro Lira, Alberto Orrego, Valenzuela, Correa, Plaza, Arias, González y últimamente Concha con su admirable "Misericordia", grito de dolor tallado en mármol como nunca lo fué más penetrante. Hay otros laureados que no recuerdo; de ellos dí noticias, hace siete años en mis primeras crónicas de París.

Ahora, naturalmente, al entrar al Grand Palais, desentendiéndonos de cuanta cosa admirable vemos desde la puerta, sólo nos ocupamos de encontrar, entre las 3,908 obras (pintura y escultura) que lo llenan, las tres de nuestros compatriotas que el catálogo indica: un "Estudio" de Carlos Alegria, con el número 16; una "Gitana" de Thomson, con el número 1816; y de Ernesto Concha, un husto en tierra cocida, pequeña obra que ha llamado la atención bajo el número 3,242.

Después que hemos encontrado, y visto, y vuelto á ver, las tres obras de nuestros compatriotas, saboreamos nuestra satisfacción. Chile sigue presentándose bien en la capital del arte.

El pequeño busto de Concha (retrato del pintor Thomson) es una maravilla de finura y de talento, un chispazo de vida puesto en la arcilla por ese mismo muchacho que de su propio dolor (pobre y enfermo de muerte) sacó para entregarlo al mármol y hacer en él un inmortal poema, el célebre grupo intitulado "Misericordia" (laureado en el Salón de 1909).

Alegria se presenta en una nota parisien- se. Es una cabeza de mujer, joven, bonita,

recostada en blandos almohadones, en un ambiente rosado. Algo interesante, distinguido, y, á la vez, vagamente sensual; algo que recuerda, por la manera y la entonación, esas indolentes heroínas de Champaign, sumidas en pálida voluptuosidad. Sigue afirmando, este joven artista, la idea que sobre su talento dieron sus primeras obras; y vá en perfección. Este pequeño cuadro suyo, en la sala 14 del Salón, llena de obras de conocidos pintores, se hace notar y atrae por cuanto hay en él, originalidad y vivo sentimiento.

En el umbral de un pórtico que comunica dos salas, en colocación preferente, haciéndole *pendant* á un "Amor de madre" de Xavier Bricard,—joven maestro ileno de meditación,—encontramos el trabajo, muy importante y feliz, con que este año se presenta el compatriota Manuel Thomson. Hacía tiempo que nada sabíamos de Thomson; lo creíamos agobiado por la tarea impersonal y medrocre que hay que hacer para ganarse la vida. Aún creíamos que su talento, al trasladarse al ambiente europeo,—lo que



Pierrot

á muchos les pasa,—había perdido, dejándose invadir por diversas influencias y no reflejando de ellas nada muy interesante ni vigoroso. Esta idea tuvimos por sus pinturas de 1903 y posteriores. Thomson,—pensábamos,—es artista y distinguido, hay valor intelectual en todo lo suyo, si se conversa con él sobre arte se aprecia lo mucho que sabe, y lo dice como un crítico, pero carece de temperamento, no sabe componer ni es colorista.

Ahora el compatriota nos dá un soberano desmentido. Ha pintado, en tela de dimensiones, una española de tez morena, con rosa en las mejillas y brillo en los ojos, bajo la espesa mata de cabellos negros contenidos en amplia peineta macarena y en los que arde un clavel. Tiene los brazos en jarra. Su postura es desenvuelta, la expresión de su rostro sensual y algo cruel. Es Carmen, es la gitana inmortal, la chula que los Quinteros colocan, soñadora y enigmática en el fondo de sus "patios" asoleados, y cuyo peligroso cuchueo escuchamos al través de "la reja" de Cavestany. Es el símbolo del alma femenina de nuestra raza española, que Thomson ha fijado, con sentimiento, con ardor y maestría, en una tela de ambiente

rojizo en el que brilla la pimienta del mantón sevillano. Es muy hermoso, una nota cálida que ha tenido éxito, que ha hecho recordar á los derivados de Velazquez, al través de Goya, á Zuluaga, á Vasquez, y aún á la célebre "Carmencita" de Sergent, de la cual, en el Luxemburgo, nace tiempo, Thomson hizo una magnífica copia, y en la cual, indudablemente, ahora se ha inspirado.

Ha tenido la suerte, nuestro amigo y compatriota, de dar con uno de esos "temas españoles", uno de esos que hicieron la gloria de Merimée, cosas ardientes, románticas, legendarias, que gustan y arrebatan el corazón parisienne. La locura de París son el sol de España, los ojos de Carmen, las danzas de las chulas. La prensa,—*"La Vie Artistique"*, *"Le Mercure de France"*, *"Le Journal des Debats"*, cuyo crítico Sarradín, que es uno de los más autorizados,—ha llamado la atención sobre Thomson, joven chileno, cuyo talento promete, y quien, á pesar de su nombre,—nombre del norte, sangre inglesa—ha dado con pincel ardoroso una nota del corazón de España.

✱

Después de deleitarnos con satisfacción en el trabajo feliz de los compatriotas, nos dispersamos por las vastas salas tapizadas de obras. Hay cosas en el Salón Oficial que atraen poderosamente; y hay elevada entretención para muchos días. Desde luego el gran cuadro de Grün, pedido por el Estado, que representa, en ese mismo Salón de los Artistas Franceses, el día Viernes, que es el día de gala. Es una obra de imagen vasta y variada, llena de buen humor y de talento. Bajo la inmensa galería del Gran Palais, formando jardín de rostros y de cuerpos humanos, al pie de las estatuas que alzan su marmórea blancura en movimientos ideales, hormiguea todo el mundo artístico é intelectual de París. maestros de melena blanca y jóvenes beldades del teatro y de los salones. Es una admirable agrupación de retratos, de finas siluetas en vestido claro, de rostros espirituales bajo sombreros floridos. Es la fiesta parisienne, la



En el Parque

fiesta del talento, con toda su distinción, su elegancia y su alegría; que el vivo y luminoso pincel de Grün evoca en un gran cuadro de acertada composición, en un cuadro que es, sin duda, este año, en el Salón Oficial, la obra más típica y atrayente.

En seguida el cuadro de Renard, que obtuvo la medalla de honor, una página de vida peculiar, llena de santidad y de juventud, grave y graciosa á la vez, ese banquete de huérfanos el día de su primera comunión, obra de sentimiento, obra deliciosa y admirable por su factura. A esta tela puede asimilarse la del pintor Bail,—José Bail que figuró en la Exposición Internacional de Santiago y tiene varias obras en Chile,—intitulada "Sirvientas de Lavandería". Bail, como Renard, es de esos que consagran su talento no á atraer avivando la curiosidad, pero sí á poner pensamiento en la tela, á generalizar los aspectos penetrantes y dulces de la vida común, la intimidad, lo que suele ser la gloria más duradera de las escuelas de arte, como lo estamos viendo en la escuela holandesa. Esto es lo que vive y dura, lo real y lo sentido. Lo otro, lo brillante y oportunista, lo frívolo, la pintura del hecho "diverso",—que por desgracia tanto abunda en nuestro tiempo, y mucho en este Salón,—atrae un instante,—éxito efímero,—y luego se olvida, ó no se vuelve á ver. Bail y Renard no son de estos Alabados sean!

Nos detienen Maurice Mathurin con sus estudios de niños, obras de una gracia discreta y fina; los paisajistas Forean y Antoine Guillemet (éste con su admirable *Cité de Carcassonne*), verdaderos poetas en cuyos cuadros el ensueño emana naturalmente de la verdad, artistas que no se contentan con el aspecto aparente ni con el sentido literal de los seres y de las cosas; en seguida los trozos delicados, los caprichos armoniosos, las fantasías felices, de Duvent, Maxence, Puscau y Maurice Chabas (no hay que confundirlo con el maestro, tan conocido nuestro, Paul Chabas).

Encontramos algunos que permanecen fieles á los temas históricos. Por desgracia son pocos: Dewambes con un episodio de la Comuna (1871), dramático y elocuente; Clairin que bordea la historia con fogosas y románticas visiones; Jean-Paul-Laurens, con una de esas escenas de la Inquisición que tantas veces ha pintado; Rochegrosse, con una avalancha de guerreros griegos, muy teatral; y Debat-Ponsan, notable pintor mi-

litar que queda al lado de Detaille (Detaille falta este año en el Salón), ilustrando con un cuadro raro y poderoso la célebre composición de Barbier en la que se imagina á la Francia "jóven potranca rebelde" domada por Napoleón, "El corso de caballos lisos". Es el momento de Waterloo, cuando la potranca agotada, desangrada, se rinde, cae, y le quiebra las piernas á su implacable jinete. Cormon y Gervais representan la gran decoración con sus *paneaux* de la historia de París destinados al Petit Palais. Estos dos grandes pintores, dedicados á la decoración, realizan obras importantes pero no muy felices. Y, por fin, completando en el Salón Oficial lo que tiene mérito y belleza, el gran grupo de los pintores ya conocidos, de los clásicos, digamos: Laffarra, Bonnat, Leandro, Luisa Abbema, Bonfiguz, Etcheverry, Demont-Breton, Alberto Lynch, y otros.

Todo esto es bueno. Mientras estos pintores concurren al Salón Oficial, este será brillante, al menos en lo que depende de ellos. También es notable, este año, este Salón, por sus retratos; hay muchos y mag-



Saliendo para Citera



El tocado

obra de arte. Y siguen, en gran número, las imágenes majestuosas, á los que debe la parte de éxito que, este año, ante la crítica, ha tenido el Salón de los Artistas Franceses: el retrato de Metchuikoff, por Laffarra; los semblantes agradables y expresivos de Aimé Morot; las sobrias y aristocráticas señoritas pintadas por Avy; la duquesa de Vendôme por Wattelet, perfil de mujer delicada y soñadora; en seguida Patricot, Vogel, y los demás que forman un grupo de maestros del retrato, género que no se reúne pero que es inagotable y sano por cuanto obliga á las escuelas á no separarse de la realidad, género en cuya rica y bella producción de este año fundan sus esperanzas los críticos, quienes, por otras revelaciones del Salón Oficial, se muestran descontentos, alarmados por el porvenir del arte.

Antes de expresar las observaciones desventajas que este Salón ha sugerido á la crítica, ó, más bien dicho, á la filosofía del arte, apartándome de los retratos que son su éxito y prestigio, mal haría en no mencionar dos muy bellos y majestuosos, y que nos tocan de cerca á chilenos y argentinos por cuanto son sus modelos altas damas de Santiago y Buenos Aires: la señora María Lyon de Cousiño por el pintor Lasylo; y el grupo de la señora María Unzué de Alvear con su hija Angelita, por Ferrier, (quien presenta, además, el retrato del magistrado Porrichon, la mejor obra del año), grupo de un carácter particularísimo, á la vez dramático y dulce, sobre el cual han coincidido en elogios los críticos de los principales diarios, y del que el Gobierno de Francia pidió al maestro, su autor, una réplica (es la figura en el Salón) para conservarla en uno de los museos del Estado.

El retrato de la hermosa y opulenta señora Lyon de Cousiño, por Lasylo,—de composición, dibujo y tono (armonía nacarada) atrayentes y distinguidos,—recuerda los retratos clásicos del siglo XVIII, (obras de La Tour, el gran cuadro de María Leczinska) con algo de la escuela inglesa de Reynolds. De este modo, combinando esas influencias, Lasylo evoca la noble y simpática belleza de nuestra compatriota; y lo ha hecho de modo sagaz y feliz pues este retrato es una de las buenas obras del Salón Oficial.

Es el elemento joven de este Salón Oficial y académico el que descontenta á los críticos. Hay en este elemento,—ello se viene notando de diez años atrás,—predominancia del oportunismo sobre la probidad artística,



Lanceros Rojos de la Guardia (1812)



Retrato de la actriz señorita Spinelly, del teatro Capucines



La yegua indomable

es decir, uso de procedimientos efectistas que dan éxito inmediato, atraen al burgués ignorante y platudo, pero no constituyen belleza á toda prueba; y hay pereza,—no se emprenden obras de estudio ni de esfuerzo,—y hay, por consiguiente, deplorable puerilidad. Se explicó esto, al principio, y hasta se le disculpó, diciendo que el arte francés, á la postre de un esfuerzo glorioso, se encontraba en período relapso; y, por otra parte, se decía que era el momento vacilante que precede á la elección de nueva ruta. "El arte cambia,—se decía,—se renueva, toma otro camino, y está en ese momento de transición". Bueno. Ello es creíble. Pero ya hace varios años; que los "jóvenes" artistas van dejando, casi, de ser jóvenes, y todavía se les vé oportunistas é insignificantes, todavía no entran por el nuevo camino. ¿Qué será? Acaso no es transición, ni pasajero cansancio, pero sí efectiva decadencia?

Bien puede esto creerse cuando se vé el abandono, casi completo, en que los artistas de la nueva generación dejan esas que han sido del arte las fuentes elevadas y eternas: la religión y la historia. ¿En los salones de este año, qué cuadro hay de tema histórico ó inspiración religiosa? Uno que otro debido á los maestros viejos, á Rochegrosse, á Cormon, á Roll, á Jean Paul Laurens, á Burmand (que pintó para una iglesia de Suiza el *Sermón de la Montaña*), Pinchón (con un *panneau* de Juana de Arco), y otros dos: La Huye, que evoca un cuadro de la civilización romana; y Eyusquiza que nos dá la muerte de Isolda. Es todo, en una producción total

(en los dos salones) de cerca de 4,000 cuadros.

Del mismo modo está desapareciendo la pintura militar. En el Salón de la Sociedad Nacional,—aparte de la alegoría del general San Martín, por Roll,—no hay un sólo cuadro de batallas ó guerras. En el de los Artistas Franceses hay algunos, insignificantes, relativos á las guerras napoleónicas,—aparte del de Debat-Poussin, ya citado, que es muy notable.

Esto es, y es deplorable. No hay que esperar que el Salón de los Independientes venga á remediarlo, reconfortándonos sobre el estado de las cosas. Los Independientes son los que se jactan de despreñar la poesía en el arte,—lo que fué el tesoro de los clásicos,—y niegan el ensueño, todo lo que está por encima de las personalidades y de las realidades inmediatas.

Desaparecen los grandes cuadros de composición, las evocaciones históricas y poéticas, que fueron la gloria del arte hasta el siglo XIX. El síntoma es revelador y no deja de alarmar. Parece que la pintura renuncia á expresar grandes ideas, á ofrecer, como antes, espectáculos bellos, radiantes y consoladores. Fuera de la escultura,—que se mantiene en la gran tradición,—fuera del paisaje y del retrato, los talentos pictóricos no nos dan, hoy, sino mediocridad, pintura de brillo aparente, en realidad vacía, temas fáciles, que no representan los caracteres nobles y fijos de la vida pero sí los instantes pasajeros y pueriles. Y así tenemos estas grandes exposiciones, correctas,—si bien la técnica también decae,—

pero desprovistas de todo ideal, y cuyas obras no sobreviven. Ya los pintores no sienten el orgullo de crear; parecen contentarse con ser copistas. Así, ya nada expresan verdaderamente bello é interesante. "Esto es impotencia,—declara, sin embajes y con dolor, Arsene Alexandre, crítico de *"Le Figaro"*,—es miedo de pensar,—agrega,—es decadencia. Y,—continúa,—como el espíritu necesita siempre su alimento, si no lo encuentra ya en la pintura irá á buscarlo en las otras manifestaciones de la inteligencia moderna. El arte pictórico quedará arruinado, si esto no cesa, si los artistas no vuelven al esfuerzo, á la meditación, al ensueño, á la filosofía de la humanidad y de la historia, á lo que fueron los maestros de ayer, cuyas obras, en los museos, son el adorno y el orgullo del mundo; ó bien si no demuestran luego que ya están en la nueva vía, tan anunciada".

De acuerdo con Arsene Alexandre, todos los críticos lanzan ya la terrible palabra: decadencia! Seamos optimistas todavía. Es demasiado grave. Esperemos antes de creerlo. Creamos, sí, que el Arte atraviesa un período transitorio, debido á lo cual los jóvenes pintores han perdido el sentimiento de la vida pasada y aún no tienen la conciencia de la vida actual. Por esto carecen del fervor sereno de los que creen y de la audacia alegre de los que esperan. Esto pasará. En los vacilantes de hoy tendremos mañana los maestros del Arte nuevo, ó bien,—esto es más creíble,—los hijos pródigos que vuelven al amor, al respeto, á la belleza fecunda de la tradición.

B. VICUNA SUBERCASEAUX.





LOS COLORES DE ULTIMA MODA DURANTE EL DIRECTORIO

Batistas y muselinas color de aurora, echarpes matiz de trís, tono habichuela desleída y damasquillo tenue, azules desvanecidos ó amarillos citrinos, tales fueron durante el Directorio los colores de moda, y es preciso confesarlo, el efecto era bellissimo, delicado y armonioso.

COLORES DE MODA



A moda es la gran tirana del mundo, desde el Polo al Ecuador, del Extremo oriente á Chile, de Europa á las islas Malvinas. Donde quiera que uno vaya, allí encuentra las multitudes dominadas por las imposiciones de la moda con más fuerza que por

las leyes escritas. De aquí ha nacido, sin duda, el proverbio: "Lo que es moda no incomoda". Y, sin embargo, á lo mejor vemos una hermosa niña que se va de bruces á subir á un coche en la calle de Alameda, ó se cae al saltar la acequia de la Alameda, gracias al escaso ruedo de su vestido á la parisiense, hecho para tierras en donde no hay acequias á tajo herido ni coches del servicio público, con pisaderas altas para cruzar el Mapocho de antaño—es una barbaridad que los parisenses no prevean las modas chilenas para inventar sus figurines, ni tomen en cuenta nuestras costumbres coloniales. Así y todo, en Chile co-

mo en todas partes se sigue más fielmente los preceptos de la moda que los mandamientos de la Iglesia.

Sobre gustos no hay nada escrito, dice el proverbio, y se podría decir otro tanto en materia de colores. La verdad de este proverbio aparece ampliamente demostrada, si la interpretamos en el sentido *fashionable*. Ciertamente, cuando la caprichosa diosa de la moda impone, con todo su rigoroso despotismo, colores ó gustos nuevos, no sería dable impedir que hasta los más previsores dejaran de ser ciegos. Por contrarias que las modas sean al armonioso sentir de la mirada, todos se apresuran á adoptarlas sin forma alguna de juicio, sin pararse á discutir la belleza mayor ó menor de sus formas y colores nuevos que por fuerza han de caer como palabra del evangelio divino. La crítica individual se borra y desaparece ante el decreto que generaliza una ley de la *fashion* tiránica para la comunidad. Poco les importa á las gordas y bajas que el vestido María Estrardo haya sido hecho para las altas y finas.

ellas lo adoptan, si la moda lo impone, aún cuando parezcan verdaderas caricaturas—la ley tiene en esa materia una tiranía formidable, pues la misma que acaso envenenara á su marido, si nadie hubiera de saberlo, jamás se atrevería á faltar á las imposiciones en materia de corte de vestidos ó de forma de sombrero.

Nadie hay que no se someta humildemente á ella, porque no se remonta la corriente rápida de una potencia tan brutal é irresistible como la de la opinión. Elegantes y coquetas dicen sencillamente y con bienaventurada resignación: "Qué quiere usted, es la moda". Semejante respuesta evita el entrar en cualquier género de discusión y de tocar el terreno vedado y peligroso de las controversias.

Sin embargo, gracias á la francesa, curiosa, investigadora, lanzadora é intérprete de los gustos, y adaptadora de modas nuevas, los excesos raras veces rayan en ridículos y no alcanzan nunca las extravagancias de la caricatura. Cosa extraña, nunca hay en ella verdadera fealdad. El gran colaborador de la moda es siempre el buen gusto público, el instinto individual, y sobre todo el instinto de la medida justa.

Hay que saber dar la nota justa, la precisa: un poco más allá puede caerse en el ridículo, un poco más acá hay falta de belleza y de brillo. Así, buscando una especie de equilibrio inestable se fabrican las modas.

"El instinto en las mujeres, decía Balzac, equivale á la perspicacia en los grandes hombres". Nada es más verdadero que eso. Ese instinto de la francesa se ejercita principalmente en materia de trajes y se afirma con la preciosa orquestación de los colores. Es esta una de las causas primordiales que hacen del vestir de las mujeres en Francia

la primera de las bellas artes. Es inútil pretender que la moda sea impuesta por las mujeres de otros países; siempre las elegantes han de salir de París, así como los Papas salen de Italia. Cada uno tiene el cetro de lo que puede; el de la francesa será eternamente el cetro de la frivolidad.

Será el arte supremo que contribuye á la belleza, que ayuda al encanto y á la seducción, que revela las condiciones del tacto y de gusto, y expresa un sentimiento por decirlo así, mutuo, y casi diría musical de los matices, caracterizando en grado altísimo esa virtuosidad del buen gusto que se hace sentir en la inteligencia de la gama cromática de los tonos, cantando al unísono, una especie de sinfonía—que no será la pastoral de Beethoven.

Parece innecesario demostrar, con efecto, por variable que sea la impresión de los colores, que cada uno de ellos tiene su carácter especial en relación con cada sentimiento determinado que agita alternativamente el alma de los hombres.

Los colores y las formas, se ha dicho por medio de una metáfora poética, son en cierto modo las consonantes y las vocales del silencioso lenguaje que nos murmura la creación, y ambos términos se reúnen en la luz que nos permite ver los colores, dando á los unos su relieve, á los otros sus condiciones y sus matices. Acudiendo á los matices es como la mujer francesa ha triunfado siempre en todas las expresiones de sus modas, en las cuales su gusto refinado, su ingenio sutil en el casar de los colores y en las alianzas de tono constituyen verdaderamente un talento que no existe en grado parecido en país alguno civilizado.

A más de los significados varios que les han dado los



DURANTE EL PRIMER IMPERIO

Durante el Imperio cada estación contribuyó con un aporte de tonalidades infinitas y variadas: el blanco, el malva y ciertos azules dominaron sin discusión. Es de esta época que data el apasionamiento femenino por combinar los colores de sus trajes con los del menaje de su dormitorio ó de sus salones.



LAS DAMAS ELEGANTES MODERNAS EN UNA PLAYA DE MODA

Pasó la época de las tonalidades tenues, fundentes, de los "pastels" como se decía ha pocos años; hoy nos atraen los colores vivos; blanco y negro, blanco con azul, etc.; tenemos gran predilección por los bordados y encajes rimbombantes, nuestras modas y nuestros colores, son un maridaje de lo rico con lo sencillo.

diversos pueblos, y de las imágenes simbólicas atribuidas á cada uno de ellos, tienen los colores para los sensitivos un lenguaje misterioso, pues poseen correlaciones íntimas con nuestras sensaciones humanas. Ejercen influencias sobre nuestras ideas ó sobre nuestros afectos psíquicos; nos apaciguan ó nos exaltan, nos enternecen ó nos brutalizan; comunican con nuestros amores ó con nuestras pasiones más primitivas. "Las mujeres, movidas por el sentimiento, dice Charles Blanc en su *Arte del Adorno*, dan naturalmente mayor importancia que nosotros al color, que siendo generalmente poca cosa en sí mismo, cobra grande importancia una vez comparado con la escala de colores, á los cuales se une y armoniza. Entre el blanco que resume todos los rayos del sol y el negro que los rechaza, cada colocación tiene acentos y caracteres que le son propios y cada uno de ellos se ilumina, acercándose á la claridad extrema por su mezcla con el blanco, de igual manera que se entristece y desfallece al acercarse al extremo oscuro, por su mezcla con el negro."

De todos los colores francos se podría desprender, no solamente el carácter óptico, sino también el carácter moral, sagrado y nacional, porque cada uno tiene su fisonomía, su símbolo, su religión, su psiquica, su historia. Debemos permanecer aquí en el dominio exclusivo de los colores de la moda y de la vestimenta femenina.

Estamos exclusivamente en el reino de las mujeres.

Si alguien escribiese un libro destinado á explicar la historia de los colores y de los matices al través de los tiempos, ofrecería documentos imprevistos, abundantes y

curiosos, anécdotas innumerables y variadas. La historia no consiste solamente en las batallas dadas y en las victorias obtenidas, como algunos creen, sino en la transformación de las costumbres, de las varias maneras de vivir, en el traje, en el amueblado, en las intimidades de la vida.

La historia de los colores y de los trajes, bastaría por sí sola para explicar muchos acontecimientos que hasta ahora permanecen ocultos á los ojos de los más.

Las modas románticas que nacieron en la Restauración para terminar al final del reinado de Luis Felipe, y que nos crearon esas silfides con tules de avispa, y de espaldas desmedidamente anchas, esas modas de la Joven Francia, y neo-medioevales, innovaron los coloridos en los cuales el armiño, el blanco nevado, la percala de flores, el guinda sonrosado, las cachemiras pálidas, daban á los tiernos estetas que llevaban tocas arrastradas á lo María Estuardo, un aire ideal y seráfico. Johannot, Deveria, Enrique Monnier, Eduardo de Beaumont, y muchos otros artistas, nos han documentado sobre las modas de la época. Los colores de moda, todos muy claros, muy "de bandera blanca" de 1815, no tardaron en obscurecerse en la época de Luis Felipe. En 1815 se había adoptado el color agua del Nilo, caña, humo de Navarino, humo de infierno, piel de serpiente, ladrillo cocido, lava del Vesubio, "ratón asustado", "pulga soñadora", "rana enamorada", "romántico contrito", "pavo agonizante", y "araña meditando un crimen". Este último término queda como la última palabra y la obra maestra del género. Luego, como la literatura se hiciese más juiciosa, volvieron á los tonos más modestos:

carmelita, heliotropo, garganta de paloma, verde ruso, humo de Moscou, negro de Marengo, y otros que triunfaban hacia 1830. Estudiando los colores de los paseos anuales en la Abadía de Longchamps hasta 1840 se obtendría una verdadera recopilación de los matices y de los tonos más extrañamente bautizados, y de los cuales servían de padrinos los *leones* y los *dandies*.

Durante la segunda mitad del siglo último, los acontecimientos parisienses, las guerras, las piezas de teatro, de éxito y bulla, las novelas á la moda, los inventos nuevos, sirvieron para expresar matices propagados por grandes costureros, "el color solitario", los de las "pequeñas Dainidas" el "Robinson de los bosques"; en 1830 los colores *Procadero* y *Jirafa*, los trajes *arnadura* y *orleans* vieron la luz. Durante el Segundo Imperio hubo los colores: Teba, aventurero, café, amarillo, Ristori y Lalla Ruk, Garibaldi, Habana, gris, perla, verde pompadour, Magenta, rojo solferino, Shangay, Pekin, Bismark, Malakoff, Inkermán, rojo, verde aceituna, vainilla, ambar verde, azul de prusia, escocés. Ninguno de estos colores compuestos, era felizmente de buen gusto; eran mezcla de carmín y de granate, de amarillo y de siena, de verde y de ocre rojo, de azul

y de laca inglesa, que producían tonos odiosos y exasperantes. Después de la guerra franco-alemana, las modas inglesas de traje sastre, trajeron sus colores clásicos, el nutria, el azul marino, el gris de hierro, el moho.

Extraño variar de las modas, siempre en los extremos, jamás en los términos medios.

Los colores que ahora nos agradan son enteramente diversos de los que hace unos pocos años nos encantaron. Yacen olvidados en el cementerio de los recuerdos, el rosa deshojada, el resedá, el carne de banana, el ondina, el azafrán, el topacio, la violeta de Parma, el flor de durazno, el iris, el crema pájiza, el cisne, el márfil, y todos los colores gastados, moribundos, debilitados.

Ahora se impone la oposición de los colores vivos. El orientalismo se impone; acaso sea la influencia literaria de escritores como Pedro Loti, que han traído la afición al exotismo, ó bien por la era de expediciones coloniales emprendidas por todas las naciones europeas, es lo cierto que la nueva tendencia de la moda en materia de colores se encamina á lo definitivo y á lo cortado. Nuestro siglo busca la turquería como lo hizo el siglo XVIII, según puede comprobarse en el Museo de Arte Decorativo.



LOS MANIQUES DEL GRAN MODISTO

Hétenos retrotraídos á las coloraciones francas y crudas, á los matices vivos del arte persa. En los magníficos salones del modisto de alta escuela, vemos el fascinador desfile de los maniques de pasos rítmicos y ondulantes, cuyas elegantes siluetas, al exhibir sus delicados matices cambiantes bajo la influencia de luces hábilmente proyectadas, cautivan ó hipnotizan por su extraña belleza y refinamiento estético. He aquí un espectáculo esencial y artísticamente moderno.



N aquel islote solitario, formado de arrecifes titánicos, y rodeado de las borrascas del mar ártico y de masas de hielo eterno, en la tenebrosa Islandia, nació Einar Jonsson el 12 de Mayo de 1874, hijo de pobres y míseros labradores. ¡Quizás la misma pequeñez del ambiente—contrastando con la formidable naturaleza—encendió en el niño la chispa divina del arte! Desde su casa paterna pudo ver los vapores del “geiser”, ese juego de aguas hirvientes con que la naturaleza, en un titánico capricho, quiso dar una prueba de las infinitas variedades de su poder. Al contemplar los vapores arremolinados del geiser, imaginaba talvez los humos de ofrendas sagradas que, según las antiguas leyendas de Islandia, se le hacía al dios Thors—mientras en las brumas tenues veía los ropajes de fantasmas nebulosos, que cambiando de formas y pliegues, se elevaban, se elevaban... hasta deshacerse en el aire puro y frío de la isla.

No se cansaba de mirar el espectáculo soberbio: un chorro de agua humeante, empujado por los vapores que pugnan por salir, se eleva majestuosamente y cae otra vez, desfallecido á la fuente de donde surgió con tanto estrépito. Con terror sacro escuchaba el formidable tronar que procede á cada salida del agua, le parecía oír la furia de los gigantes en las entrañas de la tierra, que con fuerzas terribles sacudían las paredes de roca de su cárcel. Pero cuando el geiser callaba y el silencio en torno de los peñascos sólo era interrumpido por el ruido rítmico y cadencioso de las cascadas, le parecía oír ánimas recitando poesías, que cantaban presagios lúgubres... y se sentía preso de pavor y congoja...

Con igual interés atraían sus miradas, allá hacia el Sureste de su casa, la amenazadora cumbre del Hecla con su gorro de nieves luminosas y los ventisqueros “Eyjaffjalla” y “Vatnajökull”, que en el sol de media noche despedían un fulgor frío de carmesí dorado y de cuyas cimas se desprendían anchas lenguas de hielo que caían hasta perderse en el mar obscuro.

También los recuerdos de sitios históricos que se encontraban en las inmediaciones, contribuyeron á llenar el alma del joven artista, de alegría y orgullo por su patria querida. Allí estaba Thingvellir, el secular asiento del Reichstag; allí en las riberas del obscuro lago se reunieron, en el año 1,000 todos los habitantes de la isla, en un Congreso al aire libre, para establecer el Cristianismo y abjurar del antiguo culto pagano,—allí triunfó la

luz de las doctrinas humanitarias del Redentor,—sobre el sangriento culto de los dioses crueles, y allí los hombres elegidos del estado libre promulgaban las leyes y condenaban á los malhechores.

Esto y las innumerables leyendas de Islandia, que pueblan toda la isla de duendes de gnomos, de espíritus benignos y malignos,



La tromba



El artista en su taller

nos, y que en cada fenómeno de la naturaleza ven el prestigio misterioso de un cataclismo ó de una lucha terrible entre los mismos espíritus, ha debido influir poderosamente en el ánimo del niño artista. Contribuyó también el terremoto del 26 y 27 de Agosto de 1896 que, como demostración de los inexorables presagios, desoló la isla y destruyó la casa paterna de Einar.

Estas impresiones, junto con los recuerdos históricos de su patria, han dejado en su alma el sello de lo misterioso, unido á fuerzas gigantescas, que se revela en todas sus obras.

Así creció el joven islandés en medio de una naturaleza formidable y embebido en las glorias del pasado de su pueblo. Sus años de adolescente son típicos para la época de desenvolvimiento de sus compatriotas, y como todos ellos, tuvo que ayndar en

las faenas agrícolas. En la casa de sus padres, como en toda la Islandia, ocupaba la crianza de las ovejas la preferente atención. Así, cuando a fines de Mayo entraba la tardía primavera, el joven Einar tuvo que ayudar a arriar las ovejas, a través de montañas, a lejanos lugares, en busca de vegas pastosas. Sólo las ovejas que se utilizaban para la lechería, quedaban, y hubo de traerlas a los establos, por la mañana y por la tarde para ordeñarlas. Hacia fines de Julio empezaba la cosecha del heno, la más importante y a la vez la más pesada labor del año.

Es preciso haber estado en Islandia para poder apreciar los sacrificios que estos isleños hacen para cosechar el pasto en las vegas pantanosas, arrancando de la tierra mezquina, el alimento necesario para los animales. A principios de Septiembre se tenía el heno bajo techo, llegaba el otoño y con él el tiempo de recoger las ovejas del campo, operación bastante difícil a causa de las borrascas otoñales que hacen dispersarse los animales. Finalmente, una vez recogidos, con más o menos felicidad el ganado en los establos de invierno, se procedía a la matanza, preparando las provisiones para el largo invierno.

Con profundo disgusto, el joven Einar tuvo que tomar parte en todas estas faenas campestres; él sabía que estos trabajos no le correspondían, pues sentía en sí la chispa divina que germinaba con irresistible empuje: cada hojita de papel que podía obtener, la llenaba, a escondidas, de toda clase de bocetos, y los márgenes de sus cuadernos de colegial se cubrían de dibujos; de cabezas de monstruos, de dragones, de gnomos enanos con lenguas barbas, fiel reflejo de su fantasía juvenil.

Los padres que no comprendieron la vocación artística del hijo lo reñían y aún lo castigaban por esos "pasatiempos inútiles, impropios de un buen islandés". A pesar de todo, Einar, siguiendo el impulso de sus dotes, ya no se conformaba con sólo dibujar; también se ensayaba en el arte plástico, valiéndose para ello de los poquísimos recursos que estaban a su alcance: greda blanca, piedra pómez, tierra y maderas.

Durante el verano, y especialmente cuando pastoreaba las ove-

jas, pudo dedicarse a sus entretenimientos favoritas, sin temor de las enfadosas riñas de sus padres, mientras que durante el largo y crudo invierno, todos los habitantes de la casa vivían reunidos en cuartos pequeños y bajos.

En las tardes, todos se reunían en el "Badstofa", la habitación más grande de la casa, que servía para las reuniones de familia. Allí, a la luz de una humeante lámpara de aceite, todos se agrupaban a trabajar; mientras que las mujeres cosían, tejían e hilaban, los hombres trenzaban cuerdas, tallaban herramientas de hueso o cuernos o tejían redes y los pequeñuelos jugaban en el suelo con huesitos blancos que debían representar ovejas, perros, pastores u otras cosas.

En el centro de estas reuniones se sentaba el jefe de la casa u otra persona de respeto, y leía en alta voz, a menudo embargada de emoción, aquellas viejas leyendas de la isla, que forman el patrimonio tradicional de los islandeses, y que, por más conocidas que eran, siempre se escuchaban con nuevo interés.

Einar, de seguro, era todo oídos, y estas lecturas le hacían olvidar la monotonía de las tristes noches de invierno y hacían resplandecer el brillo de sus ojos, cada vez que referían uno de los episodios épicos de sus antepasados: de "Grettir el fuerte", con sus viajes errantes por los temibles mares del Norte, de "Gunnar de Hildarendi", que sacrificó su vida por la patria...

Profunda impresión también hizo en el ánimo de este niño, tan accesible a todo lo artístico, los acordes de un órgano en la iglesia de una de las aldeas vecinas.

Los años iban y venían en la vida de Einar Jonsson; el problema de su vida se le presentaba cada vez con mayor insistencia a medida que sus ansias artísticas iban abriéndose brecha en su alma: estaba decidido a hacerse escultor, por más que sus padres se opusieran.

Ellos habían resuelto que se dedicara a la carrera eclesiástica para lo cual debía ingresar al Seminario de Reykjavik. Esto le parecía a Einar peor que el Hecla; los libros y el estudio de ciencias le inspiraban horror: amaba lo bello, la naturaleza, las caídas del sol, el resplandor de los ventisqueros, el brillo titilante de los lagos silenciosos...

En esta época de desaliento se sentía desgraciado.

Por suerte, el párroco de una aldea vecina, adivinando en el joven sus excepcionales dotes artísticas, pudo influir en el ánimo de los padres para que lo dejaran abrazar la carrera de artista.

Con la ayuda del cura, y de otro protector, el diputado Björ Kristiansson, en el año 1893 abandonó Einar la casa paterna para ir, lleno de aspiraciones y con el entusiasmo de sus 18 años, a Copenhague, donde estudió, durante dos años, en el taller del escultor noruego, Esteban Sindig, y en seguida, con el pintor Vermehren. Después de hacer el curso de la "Teknisk Selskabs Skole", se consagró por otros tres años, al estudio de escultura en la Academia Artística, bajo la dirección de los profesores Stein y Bisser.

En esa época terminó su primera obra monumental: "El Paria", figura tomada de las antiguas leyendas de la isla. Es la primera escultura islandesa y la primera que exterioriza la convicción de fidelidad, y toda la vida trágica de la patria del autor, que puso en ella su alma de niño, impregnado de ingenuo misticismo.

Efectivamente existían, según las tradiciones de Islandia, tales "Parias", desgraciados que, por crímenes u otros motivos, tuvieron que buscar refugio en los desiertos áridos de la isla para llevar allí, execrados de los hombres, una vida mísera.

La mujer joven abandona hogar y padres para unirse, en el altruismo del amor abnegado, al "Paria", al "arrojado por los hombres". No se necesitan más comentarios; la expresión dolorosa del hombre que lleva a cuestas a la mujer muerta, y camina errante buscando un sitio donde sepultarla, revela la angustia de fiero acechada la desesperación de terrible abandono, las ansias de encontrar una mano amiga que le brindara ayuda, paz, hogar...

Grande fué la admiración que en el mundo artístico produjo esta escultura; las autoridades de Islandia, en compensación de esta obra, que consideran como un trozo genuino del alma de la isla, le proporcionaron los medios para un viaje de estudio a Italia. Allí, especialmente en Roma, se embebió en las bellezas del arte antiguo, más sereno, más armonioso...

Producto de estos estudios es su segunda escultura: "Hombre y mujer", que más bien debía llamarse: Responsabilidad. El grupo representa a un hombre joven en actitud de religiosa severidad y una mujer que, reclinando la cabeza en el pecho del dueño amado.



El paria

En su tercera obra: "El amanecer" volvió Einar á su tema predilecto de su niñez ártica; un "Troll", uno de esos monstruos nocturnos, ha cogido una vírgen y la tiene aferrada con el brazo derecho. La izquierda empuñada en actitud de desesperante amenaza. Ira impotente revelan las facciones inhumanas del monstruo.

El "Troll", en las tinieblas de la noche, se ha robado á la vírgen para esconderla en su lúgubre cueva, antes que despuntara el día; pero la luz le causa la muerte. En balde se precipita para alcanzar la obscuridad de su guarida: ¡el alba despunta! La aurora victoriosa, tiñendo las cimas y ribeteando las nubecillas de oro carmíneo, lo ha herido con sus rayos! Ahora pierde, no sólo el botín codiciado sino también la vida propia; de nada le han servido sus fuerzas brutales; sus ojillos que penetraban fácilmente las tinieblas, se han cegado, quemado por las lanzas de oro que le dispara Aurora. De ahí la desesperante ira con que cae el monstruo rendido! Por última vez extiende, en rabia sorda, su puño contra su enemiga victoriosa... y se convierte lentamente en piedra.

La hora del triunfo ha llegado: la luz vence á las tinieblas; alude á la idea del Redentor que libra la Humanidad de las garras del Genio del mal.

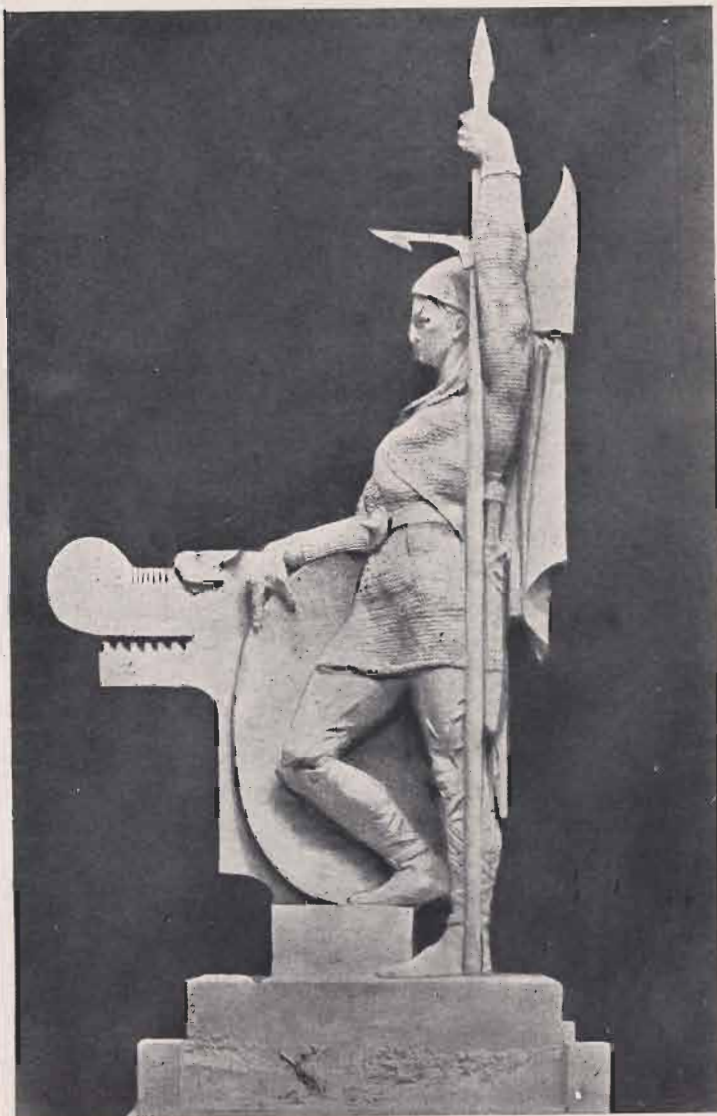
Tanto como la idea fundamental de esta obra, merece atención su técnica: á la vez que el cuerpo del monstruo es tosco y áspero, el cuerpo de la joven es pulido y suave, haciendo así resaltar la diferencia entre la ignorancia brutal y la delicadeza del hombre espiritual.

Desligándose de la rutina de representar las cuatro estaciones del año con los emblemas que caracterizan los labores campesinos, ha producido la escultura: "Las cuatro estaciones", en una concepción nueva y armoniosa, que demuestra, una vez más, la originalidad artística del autor y su independencia de todo convencionalismo: la obra muestra el globo terráqueo con cuatro figuras humanas, colocadas estrechamente una detrás de otra y que colocan sus manos en las diferentes zonas. La figura interior, un tierno niño (primavera), coloca sus manecitas sobre la región ecuatorial, más atrás el joven adolescente, en "pose" vigorosa, extiende sus manos por las tierras templadas; la mujer madura, con expresión de cansancio abarca la zona fría, y las manos óseas de un espectro se aferran de los polos. Las cuatro figuras surgen de tallos de plantas. El de la primavera es un tallo fresco, lozano, mientras que el que corresponde al invierno, está doblado y exhausto de toda savia.

Otra de sus obras maestras es "La Tromba", que también representa una idea profunda. El autor simboliza en esta escultura el deseo inquieto de la humanidad: descollar, elevarse, acercarse á ideales sublimes, el ansia de traspasar las barreras estrechas, en que la naturaleza y la vida nos tienen encerrados.

Ha elegido la figura de mujer, como que es ella la que inconscientemente, pero con más intensidad que el hombre, siente el impulso innato hacia "arriba" y, por lo tanto, representa mejor la inspiración divina.

La mujer de esta escultura, con la cabeza echada atrás, los ojos medio cerrados bajo la inspiración arrobadora del ideal, con los cabellos caídos en farga cascada, es simbolizada por la tromba, que surge del nivel uniforme del océano en cuya superficie se abandona, por desgracia, la mayoría de los hombres, para dejar-



Ingolfur

se llevar por el agradable vaivén de la vida frívola, como las cabezas humanas, que allí, á los pies de la figura de mujer, se han quedado desprevenidas.

"Natura mater, representa igualmente una idea filosófica; "La esfinge", con cara de mujer madura, y coronada de cipreses, alimenta con sus pechos una pareja de hombre y mujer, mientras que con sus garras destroza á otros individuos. Característico en este escultor es la expresión de impasibilidad de las facciones de la esfinge.

Actualmente Einar Jonsson trabaja en Berlín, lo cual nos hace esperar nuevas geniales creaciones de este escultor, todavía joven y plétórico de vida.

✱





SOLEDAD

EN plena ciudad descubrí un rincón de quietud y de silencio. Es casi un rincón campestre. Vénse ahí las ruinas de destartalado caserón colonial; abundancia de hierba que crece libremente entre las guijas del empedrado; una pequeña arboleda cuyos follajes se desparraman sobre una tapia gris; sutiles aspas de la rueda de una bomba de viento, que voltea en lo alto, suavemente empujada por el airecillo fresco, y un reír dorado de sol, y el azul infinito y liso de un cielo matinal.

Ni una alma se vislumbra, ni humana voz resuena en tan apartado sitio. Parece como que los hombres de la ciudad se hubiese olvidado de él, en su afán demoníaco de urbanización. Apenas si, de vez en cuando, se escucha un blando, pausado aleteo de palomas. Son palomas blancas, azules, color de avellana, que surgen volando por entre los árboles, que se paran sobre de la tapia, y descienden luego al empedrado y comienzan á escudriñar entre la hierba, buscando acaso perdidos granos.

Heme sentado, lleno de leticia, en un poyo añoso, de piedra y argamasa roídas por la humedad y por el tiempo; y sin pensar, aunque pensativo, las veo ir y venir, en su vaivén inquieto. El oro del sol hace resplandecer sus plumajes sedños, y sus rosados picos picoteaban entre la hierba. Las hay gallardas, con bizarría de paladines alados. Las hay sumisas, con sumisión de blancas novicias. Revolotean; erizan sus plumas; con la cola esponjada, distendida como abanico, hacen la rueda, llenas de amorosa solicitud ó de enojo. Fijan en ocasiones sus ojillos redondos en el disco de lumbre del sol, y más tarde, á un solo movimiento mío, tornan á emprender el vuelo de trecho en trecho, de tapia en tapia, de rama en rama.

Y se van.

De ellas no queda otro rastro que dos ó tres diminutas plumas blancas flotando en el aire. Se van, quizás para volver al siguiente día; que no parece sino que de aquel rincón son, á la par que yo desde hoy, los únicos visitantes.

Se van, y tras de la aparición alada, torna el olvidado lugar á su silencio, un silencio tembloroso de mañana estiva; un silencio turbador de vieja heredad; un silencio, ¡oh! un silencio que sólo el contraste con la agitación mal sana de la ciudad puede revelarme en todo lo que tiene de vivificante.

Hasta ahí llegan, en efecto, atenuados por la lejanía, los rumores de la vida metropolitana: el son monótono de algún tren que pasa; una cristalina caricia melódica de campanas; el resonar del silbato de alguna fábrica distante.—Mas, pasados éstos, todo retorna, callada, misteriosamente, á su quietud. Reverbera el sol. Entre las guijas finísimas, chispean trozos de vidrio oscuro, esparcidos cerca de

la pared secular, cuyos cimientos se van minando lentamente. No lejos, sobre un montoncillo de basura, dorados moscardones revolotean, con zumbar tedioso...



Y pasan las horas.

La mañana es cada vez más clara; el cielo más y más intensamente azul; de un azul fulguroso. ¡Oh, soledad, apetecida quietud, deleitoso silencio! ¡Y qué bello es encontrarte aquí, en plena capital, á un paso de donde se desarrolla la loca actividad del vivir, el drama incesante de las pasiones grandes y pequeñas; en el escenario mismo, asiento de toda ambición é insano deseo!

La tapia es gris; hanla bañado las aguas de muchas lluvias. Los árboles, muy viejos y muy cansados, inclinan sobre de ella sus ramas retorcidas, de opulento ropaje verde que susurra; la amparan, la sombrean, la cubren con mansa solicitud. Abandonado está el caserón; las maderas de las ventanas, mohosos sus goznes, amenazan venir abajo; un polvoriento escudo, con no se qué borrada inscripción, evoca en lo alto de la puerta la memoria de esplendores remotos; en un saliente de los muros, una hornacina vacía hace pensar en edades de fe. ¡Cuán vetusto es todo esto, y qué nuevo el sol! El sol se ríe de su tristeza; el sol alumbraba, plétórico de juventud, el ruinoso caserón y la tapia gris. Y los árboles, saturados de frescura de lluvia frecuente, acentúan aquella risa. Y la alegría de los árboles y del sol, en contraste con las ruinas, produce aquel ambiente melancólico de recogimiento.

Yo pienso en nobles señores de puntiaguda barba blanca, de mirar de águilas, de enhestada frente, que antaño traspusieron el umbral de esta vieja morada, luciendo las ceñidas calzas, el jubón airoso y la suelta ropilla. Sueño en pálidas doncellas, de pestañas largas y temblorosas, que ataviadas de sedas joyantes, de oro y abalorio, languidecieron de amor, tras de las celosías, escuchando el rasgueo de la vihuela que armonizaba con señoril canto. Y luminosamente atraviesa mi espíritu la suposición de que el muro gris ocultó antaño silencioso huerto conventual, saturado de aroma desvaído de incienso y de penetrante de flores....

Y encuentro grato para mi ánimo este peregrinar de la imaginación por tiempos quiméricos, y más grata aún, por la recóndita poesía que encierra, la soledad de este almo riconcillo, lleno de verdor, de gris y de sol, en la mañana estiva; sin un murmullo, sin un alma, como no sea la de las cosas, que invita al inquieto de la ciudad á pensar y detenerse por un momento en su carrera loca, para gozar de serena contemplación, mientras allá, á la distancia, sueña, caricioso, un melódico son de campanas...

CARLOS GONZALEZ PENA.



MI VIEJO AMIGO..



En general... En este tiempo es cuando nos damos cuenta de que no valemos un céntimo más que el otro año, lo cual nos indigna, ó de



que valemos muchos centavos menos, lo cual es desolador... Todas las semillas de egoísmo, maledicencia, coquetería, pereza, han prosperado, crecido, fructificado. Felizmente, mi querido director espiritual, yo no pienso confesarme con usted sino conversar íntimamente, como buenos amigos. Así, en lugar del severo sermón, recibiré los consejos sabios y discretos del buen padre Le Motheux.

Aunque nacida y crecida aquí, en provincia, la educación me hizo demasiado parisiense para continuar de acuerdo con mi medio... y créame usted que al director espiritual de aquí no le abriría ciertos rincones de mi alma, como me sería imposible confiarle una porcelana de Saxe, que él no apreciaría y quebraría pronto con sus toscos dedos de campesino.

Toda esta charlatanería es para explicarle que tengo muy en el fondo de mi corazón de provinciana refinada... ó de parisiense desterrada en provincia... un cierto remordimiento, extraño y delicado, de tal manera delicado y extraño... que en todo el mundo sólo me atrevería á confiárselo al padre Le Motheux.

...Ignoro si en el convento le hablé algún día de "mi viejo amigo". Probablemente sí, porque recuerdo que le contaba todo lo que me pasaba por el alma... ó quién sabe si no, pues con el egoísmo inconsciente de los niños por los viejos debo confesar que, lejos, soñaba poco con mi viejo y amado amigo... Mi viejo amigo tenía cincuenta años cuando vine al mundo. Se llamaba el barón Delaborde, hijo de un cortesano de Carlos X, á quien siguió en el destierro, y cortesano él, más tarde, en la corte del segundo Imperio. Por entonces fué señalado como el galán más peligroso y seductor de la célebre tropa de Compiègne... y después de la guerra, retirado á Chatellerault, su ciudad natal, todavía halló medio de revolver tres ó cuatro apacibles hogares provincianos...

Muy pequeña, recuerdo haber visto al barón Delaborde, bello y aún elegante, como una prueba viva de que había merecido su reputación. Esbelto y ágil, visto por la espalda aparentaba treinta años y su abundante cabello, perfectamente blanco, y sus dien-

tes frescos y puros habrían avergonzado á más de uno de nuestros jóvenes. Toda su persona revelaba ese refinamiento excesivo tan agriamente reprochado por los hombres á los hombres muy amados por las mujeres.

Habitaba un hotel cuya gris fachada, aristocrática, hacía contraste con la blancura uniforme de las demás casas. Vivía solo con una pariente arruinada, diez años más joven que él y que parecía su madre. Su nombre, su pasado, lo rodeaban de tal aureola que, aunque célibe, podía dar en su casa comidas y bailes, adonde asistía encantada la mejor sociedad. Viejas, mujeres y niñas, todas salían seducidas por aquel hombre que sabía decirle tan bien á cada una la palabra precisa, el cumplimento deseado, que muchas ingenuas llegaban á pensar:

—¿Que estará enamorado de mí el barón?

Por mi parte, yo tenía justamente nueve años cuando me llamaba: "Mademoiselle", tratándome con todas las exterioridades del respeto admirativo. Y el día de mi santo, en vez de comprarme juguetes, me regalaba flores, como á una mujer. ¡Piense usted si me conquistaría! A él, entonces de cincuenta y nueve años, se dirigieron mis primeras coqueterías y fué el barón Delaborde el primero que me hizo conocer esa dicha prohibida y tan delictosa de "ser cortejada". Todo el mundo me besaba en la frente: sólo él buscaba los instantes en que estuviéramos solos para besarme la mano. Esto me turbaba lo indecible. Cómo debe de haber reído mi confesor de entonces cuando le decía, temblando... "me he dejado besar las manos por un hombre"...

...Para festejar mi regreso del convento, el barón dió una fiesta cuya memoria no se ha borrado aún en Chatellerault. Hubo gran comida, baile, comedia, iluminación del parque... Oh! no me riña usted si le aseguro que tuve un éxito, un verdadero éxito. En París, apenas era una colegiala de quince años: en Chatellerault gozaba de todo el prestigio de una parisiense. Todo el mundo me hizo la corte con tal ardor, que nuestro pequeño mundo femenino se puso á detestarme y á gritar escándalo. Sobre todo teníamos una guarnición de veinte oficiales que estuvieron á mis pies en batallón.

Y no obstante, de aquella velada memorable data un cambio



que sobrevino en mis relaciones con el barón, un cambio del que solamente yo me di cuenta: no lo tomé más en serio. Lo quería, inciertamente, sus atenciones me halagaban, me hubieran hecho

falta al rehusársame y hasta me habría puesto celosa de verlo dirigirse á otra; pero si evoco la memoria de mi corazón de dieciséis años, yo recuerdo que aquella jovencueta empezó á jugarle al anciano una perpetua comedia. Ya no me dominó más él: fui yo quien la llevé como quise y á donde me plugo. Debo confesarlo: fui de una increíble coquetería... pero no creo que él sufriera mucho. Antes se me figura que su espíritu de viejo cortesano rejuvenecía con esta intriga juvenil.

Las vacaciones pasaron y luego el año y luego otras temporadas y otro año aún... oh! tiempo adorable cuando en el colegio se es "grande"... cuando se va á salir, se tiene la mano en una puerta detrás de la cual bulle el mundo, las diversiones, el amor... cuando va á empujársela y entrar... Decididamente, de los dos lados de la puerta, el del colegio es el mejor!

Fué el año pasado, talvez usted lo recuerde, cuando salí definitivamente del colegio para volverme á Chatellerault. Nuestra pequeña ciudad no es muy aburrida, como le he dicho. Los oficiales, sobre todo, se encargan de costear la diversión: organizan tennis, carrouseles, kermesses, algunos bailes... en fin, una reducción, una miniatura de la vida de mundo que haría sonreír á los parisienses, pero que á las provincianas no basta... Cierito que los oficiales, siendo de artillería, cambiaban cada dos años; pero nunca faltaba un teniente ó capitán más guapo que los otros, que bailara bien, conversara mejor y siempre tenía el buen gusto de conversar y bailar conmigo. Este oficial privilegiado se llamó sucesivamente Desfeuilles, d'Eberlincourt, Rodríguez... y siempre fué el espectro negro de "mi viejo amigo"... Hay un cierto discurso sobre suficiencia, el egoísmo, la bajeza y las malas pasiones de la generación presente; otro sobre la nulidad intelectual y sentimental de los oficiales de ejército; otros sobre el espíritu ridículamente estrecho de la Escuela Politécnica... que yo he escuchado más de las veces necesarias... aún las suficientes para fijarlo por completo en mi memoria... Porque mi viejo amigo se repetía. Envejecía mi viejo amigo y, prueba de que lo amaba sinceramente, yo me daba cuenta de esto y recibía pena de ello. En lo físico, siempre era el mismo compañero esbelto y elegante; ni el cabello ni los dientes habían sufrido; pero la fina comprensión de las cosas ambientales, la seguridad de la memoria, el sentido del ridículo comenzaban á escaparle un poco. El coronel Remy decía: "Pierde el contacto, este pobre barón".

...En un baile de la sub-prefectura—¡no lo he olvidado!—conoció al capitán Langallery. ¿Usted cree en los flechazos, mi querido padre? Me dirá que eso no le concierne... Pues yo fui "flechada"... en absoluto... A la vuelta del baile, me eché en brazos de mamá y le dije:

—Es preciso, mamá, que me case con M. Langallery.

Me creyó loca.

—M. de Langallery? ¿Y quién es M. de Langallery?

—¿Cómo, no lo has visto? Ese de bigote negro, de ojos negros y con unas pestañas tan lindas...

Ella no había distinguido á este capitán entre los demás capitanes!... No había recibido el flechazo... Hay un estado de gracia para las personas de edad.

—En fin, no importa; es preciso que me case con M. de Langallery...

—Pero muchacha... cómo sabemos quién es... qué familia... qué situación...

—Yo sé. Es de la buena nobleza de Orleans. El padre ha muerto y Enrique no tiene más que su madre y una hermana casada, muy enferma.

—¡Enrique... lo llamas Enrique! ¿Y es él quien te ha dado esas noticias?

—Todo el mundo un poco, mamá... ¡Oh! estád tranquila. He preguntado un poco por aquí, otro poco por allá... y cuando me contestaban tenía el aspecto de estar mirando las lucas... ¿No es cierto que me casará usted?

Ella refa inquieta.

—Ciertamente, si resulta un partido conveniente...

—¡Oh! de seguro... tiene un castillo en Orleans...

—¡Un castillo! También nosotros tenemos uno é histórico, en Poitou, y si quisiéramos habitarlo tendríamos que gastar trescientos mil francos...

Después de un corto silencio, agregó:

—¿Y al fin... te ama?

—¡Diablo! Así lo espero.

—¿Te lo ha dicho?

—¡Oh! no... hemos valsado juntos, una vez...

—¿Y si amara á otra... si estuviera de novio?... ¡Loca!

Gran ataque de nervios. Esa noche dormí mal. Pero al otro día, mamá volvió muy alegre.

—Noticias... No está de novio, es buen oficial, no muy rico, no muy pobre... Comerán juntos el jueves...

El jueves llegó á tiempo, un poco tarde. Observé á papá y mamá: parecieron un poco decepcionados. Seguro que había creído ver al duque de Lauzun. No importaba; me era bastante hallarlo yo bien, muy bien. Estuve rendida y humilde. Parece que esto le gustó. Lo fui enredando, atando por hilos invisibles, hasta

tenerlo envuelto, mío. ¿Y mi viejo amigo?... Mi viejo amigo no había visto nada, no había sospechado nada. Seguía delirando con Desfeuilles, Rodríguez... etc. No observó que yo no me sentía bien yo misma, mientras Langallery estaba ausente... y que él siempre se hallaba un poco nervioso estando lejos. Yo no le dije nada. Por lo demás, Enrique tardaba en declararse. Se resistía, no quería ir al matrimonio. Pero al fin, no pudo más y una noche me confesó gravemente:

—Yo la amo á usted... y le suplico que no me rechace...

Me desmayé. Se habló mucho; pero el barón ni supo nada. Estaba enfermo, en cama, con un terrible reuma, consecuencia de sus desórdenes. Me escribía las más espirituales, las más galantes cartas del mundo y yo debía responderle en igual tono.

Una mañana estábamos almorzando con Enrique, cuando llega el doctor y cuenta que ha cometido la indiscreción más terrible... que le refirió al barón que yo me casaba y crac! el pobre viejo cayó en un síncope del que apenas pudo volverlo...

—Si usted quiere un poco á este pobre barón—agregó—debe ir á verlo...

—¿Y qué decirle? Al fin lo sabrá...



—Mientras esté enfermo, no. Después no habrá peligro...

¡Pobre barón... pobre viejo amigo! Bien se le conocían sus setenta años al verlo en la cama, flaco, amarillo, extenuado.

Apenas pudo balbucear, con una respiración corta y ronca:

—Entonces usted... se casa... con Rodríguez...?

La forma en que se me hizo la pregunta me permitió responder con cierto ardor de sinceridad:

—¡No!

Sin embargo, costó convencerlo. Y este fué el comienzo de un rudo tiempo de prueba para nosotros. El barón empeoraba y se volvía cada vez más irritable y exigente; y al mismo tiempo crecía su ternura un poco nerviosa hacia mí. Yo conocía que soportaba mal de su grado la presencia de mi madre, de mi padre ó la coronela Remy. Hablaba de nosotros—de él y yo—nombrándonos en común, como unidos por un matrimonio hipotético, irrealizado ó irrealizable. Verdaderamente prometida y verdaderamente enamorada como estaba yo, es imposible decir cómo todo aquello me hacía padecer. Mil veces estuve por decirle:

—No... no!... si no hay una partícula de mí que no pertenezca á Enrique!

Pero miraba aquel pobre rostro enflaquecido, aquel cuerpo tembloroso... y me callaba...

Lo que siempre castiga la mentira es la necesidad de apoyarla con otras mentiras. Usted adivina cómo se enredaría la situación los días anteriores á mi matrimonio, teniendo que hacer aquellas visitas cotidianas. Y al fin, todo tendría que descubrirse, porque necesitaba partir en viaje de novios.

El doctor lo arregló todo: le dijo que yo estaba enferma y debía irme á Italia. Media mentira.

Usted no imagina, mi padre, el gozo de aquel infeliz cuando me vió llegar...

—Mariana... ¡Y sola!

Me tomó las manos y me miró tiernamente, un poco inquieto.

—¿Qué tienes? Estás cambiada... O son mis ojos que han cambiado...

Me trataba de tú por primera vez. Por primera vez también lo sentí sencillo y paternal.

—¿Vas á quedarte mucho tiempo en Italia?—me preguntó, reteniendo mis manos entre las suyas, que agitaban estremecimientos nerviosos.

—Tres semanas... no más de un mes.

—¡Cuánto tiempo... ¡demasiado en todo caso!... ¿Quién sabe si me encontrarás?

—¡Oh! no diga eso...—exclamé, rompiendo en llanto.

Continué, con voz serena:

—Si... Cuando vuelvas no me encontrarás... aquí... Pero

tampoco... me olvides. ¿No es cierto? Si creyera que no te acordarías más, créeme que tendría más pena que de estar enfermo... que de estar viejo y morirme.

Yo lloraba silenciosamente con la frente entre sus manos.

—No sé cómo te amarán después, pero nunca te querrán como yo te he querido, mi pequeña Mariana. Ah! yo siento que has debido sonreírte de mi amor... pero no se debe reír nunca de ser amada. Nunca ¿sabes?

Nos quedamos largo tiempo sin hablar. El esperó que hubiese secado mis lágrimas para decirme:

—Vete, muchacha. Te esperan.

Y me siguió con la mirada hasta la puerta, de donde volví la cabeza por última vez.

...Los recuerdos melancólicos no pueden nada contra ciertas realidades felices. Sin embargo, me informé dos ó tres veces de la salud del barón. Mamá dijo que todo iba bien y... no volví á preguntar más.

De vuelta á Chatellerault, en la comida de la noche, preguntéle á mamá:

—A propósito ¿cómo sigue el barón?

Todo el mundo se calló, turbado. Tuve miedo de comprender.

—¡Pero Dios mío!...

Mamá se levantó y me abrazó.

—Sí, querida... hace una quincena ya... bruscamente...

Cuando me hube repuesto un poco de la crisis de lágrimas provocada por esta noticia, quise saber detalles. Mi viejo amigo había muerto con toda conciencia, teniendo mi retrato entre sus dedos temblorosos. Dejaba de heredera universal á "Mademoiselle Marie-Anne Haute-Croix". Los herederos lesionados atacaron el testamento por el Mademoiselle y Enrique y yo estuvimos de acuerdo en renunciarlo. No, no quise por un instante que nuestra última piadosa superchería se tradujese en billetes de Banco. Nada guardé de mi viejo amigo sino ese retrato de niña, con un gran ramo de flores, que él había tenido y besado en la hora de la muerte.

...Sin embargo... ¿me habrá perdonado él mi mentira? ya sabrá que ha sido por compasión, por cariño; pero... en mis largas horas de soledad, hacia las altas horas de la noche, cuando no somos dueños de nuestros pensamientos y salen de oscuros recintos del alma todos los fantasmas... yo he sentido, vivo y doloroso, un remordimiento... Mi última palabra para el viejo amigo fué una mentira... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Usted, padre, que sabe las palabras que perdonan y consuelan, dígame algo para tranquilizar mi corazón y mi conciencia... pues á pesar de todo, yo siento que he ofendido para siempre el recuerdo imborrable de mi viejo amigo...

MARCEL PREVOST.



LA INDIA Y LA CORONACION IMPERIAL DE LOS REYES DE INGLATERRA

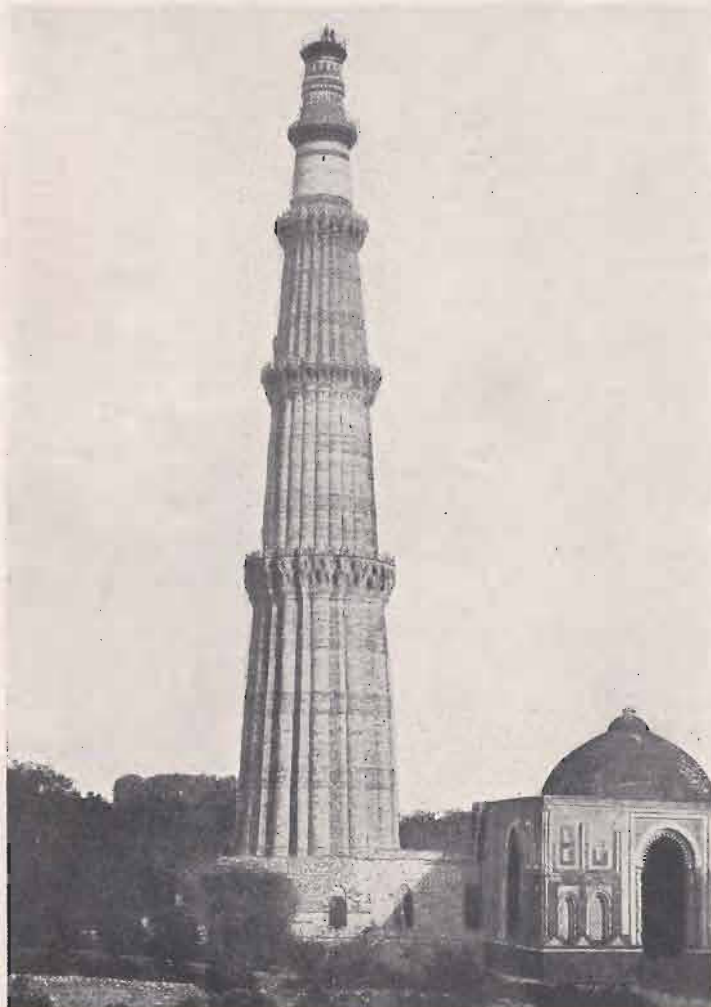
LOS ESPLENDORES DE DELHI

La residencia antigua de los Emperadores Mongoles estuvo en Delhi. Refiérese que el Rey Akbar trasladó su corte á Agra, en donde perdió á dos de sus hijos; allí edificó dos palacios llamados "El dolor" y el "Destino". Una vez que fué conquistado el reino de Lahore, el Rey escogió la ciudad de Lahore como asiento principal de su gobierno, empleando una parte de su tiempo en esta ciudad y la otra en Agra. Estas eran las dos más importantes ciudades del reino del Indostan. Agra fué la más importante residencia del rey durante el invierno; en el verano tenía varias otras ciudades y fortalezas en las cuales vivía, pasando de la ciudad de Cachemira á las de Cabul y Mandac. Los palacios del rey eran generalmente construídos de mármol ó de alabastro y sus murallas estaban incrustadas en oro.

El palacio del Rey en Lahore estaba hermosamente situado cerca del río Zume-nena. Le cerraba un muro de piedra sobre el cual se hallaban montados varios cañones. La puerta enfrentaba á la ciudad, y á cada lado de la puerta había enormes elefantes de piedra, junto á los cuales montaban la guardia sus soldados. Frente á la puerta había una llanura cuadrangular, donde los comerciantes más acaudalados tenían sus tiendas. Dentro del palacio había un patio inmenso en el cual el Rey aparecía diariamente á sus súbditos. En torno de ese patio se hallaban las residencias de los nobles que permanecían fuera de ellas hasta que el monarca se presentaba sobre su trono, tomando entonces colocación en torno suyo, según su rango y circunstancias. El trono del Rey estaba cer-

cado por una palizada de madera, en torno de la cual se colocaban sus servidores; adentro de esta, había otra de plata entretejida, donde se hallaban los guardias del Rey, armados con espadas, escudos y cascos de plata. En el centro había tapices recamados de oro, sobre los cuales se alzaba sobre una plataforma de seis pies de altura un trono de oro macizo incrustado en piedras preciosas, y ricamente cincelado. El séquito de servidores del Rey alcanzaba á doce mil personas, entre las cuales sus mil doscientas mujeres y sus quinientos eunucos, que había comprado como esclavos y educado en las artes de la guerra para que pudieran servirle en caso necesario.

En 1638, el Rey Coram viajó de Agra á Lahore en la siguiente forma: á la cabeza iba el Canciller, jefe de cinco mil caballos, sentado en silla de plata, sobre un elefante hembra; en pos iba Agacan, eunuco Gobernador de Agra, también sobre un elefante y seguido por quinientos caballos y mucha tropa de infantería. Seguían los tres hijos del difunto Motbecan montados á caballo, llevando la espada del Rey. A continuación marchaban los regimientos de infantería y de caballería, abriendo camino al Rey que iba montado en un elefante muy grande, sentado sobre un trono de oro macizo en compañía de su hijo mayor, Daharecho, jefe de treinta mil caballos; detrás de él venía su hijo menor Amuratbax, jefe de 50 mil caballos, que le seguía abanicándolo, para espantarle los mosquitos. Cada uno de ellos conducía un escudo, arco y flechas; más atrás venían nueve nobles, cada uno de los cuales mandaba de cuatro á



Kutub Minar, Delhi



Casa del Gobierno en Calcutta, donde tuvo lugar el Pageant



El Maharao de Kota, G. C. I. E., K. C. S. I.

doce mil hombres, y treinta elefantes conduciendo los tambores y músicos del Rey. En pos venía el Gobernador de Gandahar, comandante de doce mil caballos y muchos de los grandes. Más atrás aparecían ciento treinta elefantes, con los numerosos cañones y piezas de sitio, amarradas en pequeñas torres, y acompañadas de un gran número de soldados de Zachebum. Las hijas del Rey, famosas por su belleza, marchaban en cuatro elefantes, sentadas sobre paños bordados de oro; las acompañaban cuatrocientas damas de la corte, á caballo, lujosamente ataviadas, y setenta elefantes en los cuales iban numerosas damas ricamente vestidas de sedas. Seguían los bagajes del Rey en numerosas mulas y camellos. Setenta elefantes conducían el estandarte real. Los bagajes del Rey eran llevados por trescientos elefantes, junto con las tiendas y las municiones.

El esplendor de la corte del Rey Coram parece un cuento de las leyendas de hadas.

El Rey tenía una coraza de diamantes avaluada en diez toneladas de oro; la piedra mayor pesaba ciento veinte carates, y era grande y ovalada como un huevo de gallina.

El collar que le rodeaba, en cuatro vueltas el cuello, ostentaba perlas del tamaño de una bala de arcabuz.

Imposible sería dar todos los detalles de su magnificencia, bástenos con decir que los embajadores eran tratados con una suntuosidad no igualada.

Para entretenerles celebrábanse combates de diversas especies entre hombres y fieras, tigres y leones, y entre leones y toros. Había también combates de búfalos salvajes entre sí.

El Mogul llevaba también leones domesticados que iban delante de él como perros falderos. Nadie sino el Rey y los príncipes podían cazar el león sin permiso especial.

Las cacerías reales se hacían de la siguiente manera: cuando se sabía de cierto que había un león en las inmediaciones, se ataba un asno á un árbol; llegaba el león y le devoraba. Al día siguiente se repetía la misma operación y así sucesivamente, hasta que el monarca se hallaba próximo. Entonces se daba opio al asno y el león después de devorarlo, quedaba como adormecido. Rodeábanle entonces con una red de acero, formando una especie de corral en torno. El Rey se acercaba cubierto con una fuerte coraza, montado en un elefante y seguido de su montero mayor, en igual forma. El Rey amenazaba y disparaba sobre él hasta matarlo. Pero en ciertas ocasiones el león saltaba por encima de la reja de acero y entonces hacía numerosas víctimas.

Era ese un espectáculo emocionante y del cual se sacaban numerosos pronósticos ligando á él hasta la suerte misma del imperio.

Quando el Rey le mataba rápidamente, los años que habian de seguir serían felices para todos: vientos de ventura soplarían, riquezas sinnúmero, conquistas, vendrían á dar esplendor al reinado. Pero si el león conseguía escaparse de los ataques de los cazadores tenía por cierto que los mayores males habrían de sobrevenir.



LA INDIA Y SUS JEFES

Durante las fiestas que acaba de celebrarse en la India prestaron su juramento de fidelidad los representantes de doscientos millones de habitantes, recibidos por el Rey en persona, por primera vez en la historia del mundo. Se realizaron los sueños de Alejandro el Grande y de los reyes de Afganistan, de los guerreros persas y de los Moguls de hace trescientos años. Allí donde los griegos, los persas y los musulmanes fracasaron, han triunfado los ingleses. Una multitud de príncipes de reinos diversos prestaron el juramento de fidelidad al monarca de la Gran Bretaña y de las Indias, en medio del estrépito de los cañonazos y de las banderas desplegadas, de las músicas marciales y de

los coros inmensos, en una asamblea verdadera de monarcas y en una reunión de pueblos.

La historia de la conquista de la India por los ingleses marca una epopeya tan gloriosa como la conquista del nuevo Mundo por los españoles. Lord Olive y Warren Hastings, no fueron menos que Hernán Cortés al conquistar á Méjico á la cabeza de un puñado de españoles, ó Francisco Pizarro invadiendo un imperio con un puñado de aventureros heroicos; y sin embargo esa historia es casi desconocida entre nosotros. Sábese como se aprisionó á Montesuma ó se estranguló á Atahualpa, pero se ignora cómo se obtuvo en la India la victoria de Patna ó se realizaron las mantanzas de Suxar. Los indios de América, vencidos por los españoles, eran pocos civilizados, ignoraban el uso de los metales, miraban con asombro á los caballos, se aterraban con el resplandor de la pólvora y el estampido del mosquete, que confundían con el trueno y con el rayo, tomándoles como manifestaciones celestes.

Los pueblos de la India subyugados por los ingleses eran diez veces más numerosos que los americanos y tenían una inmensa superioridad de civilización; poseían ciudades tan amplias y más hermosas que Toledo y Zaragoza, y edificios más costosos que la Catedral de Sevilla. Podían mostrar banqueros más ricos que las primeras firmas de Barcelona y virreyes cuyo esplendor sobrepasaba al de Fernando el Católico, millares de jinetes y largos trenes de artillería que hubieran asombrado al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.

Las dificultades vencidas por los ingleses en la India fueron mayores que las de los españoles en América. Es curioso observar cómo un puñado de aventureros, en el espacio de unos pocos años subyugaron el imperio más poblado de la tierra, separados de la madre patria por millares de leguas, y sin auxilios de ninguna especie.

En tanto que la conquista de América era llevada á cabo bajo le egi da y con la protección de los monarcas españoles, la conquista de la India inglesa fué realizada por una Compañía de Comercio de condición privada, sin auxilio militar, ni económico de los gobiernos de la madre patria.

Establecióse una compañía inglesa en las Indias con propósitos meramente comerciales. Su territorio consistía en unas pocas millas cuadradas, por las cuales tenía que pagar un impuesto anual á las autoridades.

Las tropas que sustentaban, á penas si alcanzaban para sostener los tres ó cuatro miserables fuertes que allí poseían. Los naturales que componían el elemento principal de esas tropas, no habían sido militarmente adiestrados á la europea, y andaban armados algunos con arcos y flechas, los otros con escudos y con espadas. La compañía no se ocupaba de conducir los grandes negocios financieros y diplomáticos de un gran país, sino de las tareas limitadas de una Compañía de Co-

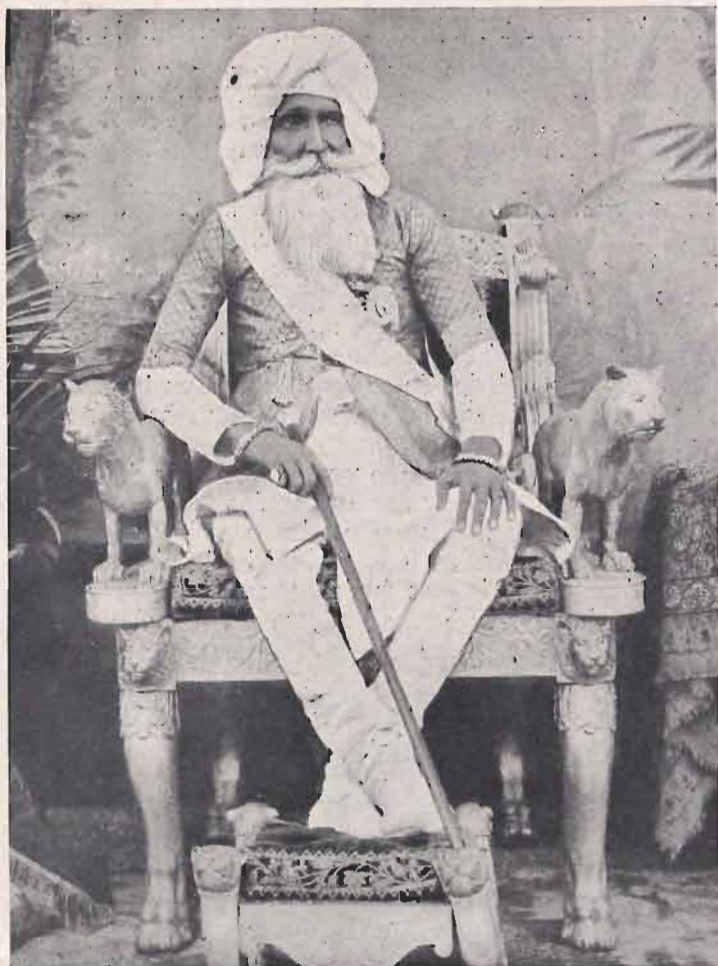
mercio. Madras era entonces el asiento principal de los negocios de la Compañía. Allí vivían los agentes ingleses, ocupados en hacer negocios lucrativos y en gozar de las comodidades de la vida en mejores condiciones que los gobernantes orientales; vivían en villas rodeadas de jardines espléndidos y con todos los goces que puede procurar la fortuna, recibiendo el fresco soplo de la brisa de la bahía de Bengala. Sólo había un fuerte, el San Jorge, que protegía á los ingleses de los posibles asaltos. Dentro del recinto de este fuerte, ejercían los ingleses la autoridad que es habitual en las tierras orientales. Nunca soñaron con reclamar un poder independiente.

Este imperio fué debido al heroísmo de un hombre llamado Clive, que llevó á cabo inverosímiles hazañas militares.

La India se encontraba entonces en un estado de descomposición política de esos por los cuales suelen pasar los más grandes países del mundo. Ese grande imperio, poderoso y próspero, compuesto de multitud de reinos y de principados tributarios, se hallaba corrompido por todos los vicios de las administraciones orientales. Altivas tri-



H. H. El Maharajah de Gwalior, G. C. S. I., G. C. V. O., A. D. C., & H. M. el Rey



El Rajah de Nabha, G. C. S. I., G. C. I. E.

bus, deseosos de sacudir el yugo, se negaban á pagar tributos y partían á las montañas, derrotaban á las fuerzas del Gobierno y pasaban sublevadas á la llanura. La muerte de Aurugzeg, fué la señal de la disolución de los lazos políticos. Violentos choques se produjeron, trayendo consigo la disolución del imperio.

Según dice un grande historiador, solamente en la caída de los Carlovingios encontramos algo parecido á la de los pueblos indúes. Los monarcas como Carlos el Gordo ó Carlos el Simple, sólo tenían una soberanía nominal, pues el



El Maharajah de Sikkim



El Rajah de Kapurbala, K. C. S. Y.

poder efectivo había pasado á los gobernadores de palacio, en tanto que altivos invasores penetraban por el norte y los piratas asaltaban los puertos. En la India, reinaban de igual modo una serie de soberanos libertinos, sumidos en los placeres y en el ocio de sus palacios, entretenidos por bufones y sin cuidarse de los altos intereses del Estado.

Los conquistadores persas pasaron el Indo y los afganes prosiguieron la obra de los persas. Existía la lucha constante entre los soberanos reales y los soberanos nominales, entre los que tenían el título y los que poseían el poder, como los gobernadores de palacio en tiempo de los carlovingios. De aquí se valieron los ingleses para proteger á los unos en contra de los otros, hasta coger para sí las realidades del poder.

Trascurrió el tiempo: mediante combinaciones militares y diplomáticas, después de rudas y heroicas batallas, los príncipes indúes quedaron con el poder meramente nominal en sus manos, mientras el poder efectivo pasaba á la

Compañía Inglesa de las Indias, que arrojaba del territorio á las Compañías Francesas, rivales. Ese poder se consolidó hasta que en 1858, el gobierno pasó de manos de una Compañía Inglesa privada á las del gobierno británico. La reina Victoria, en una proclama escrita de su puño y letra, estableció la unión íntima que debía existir entre la corona inglesa y sus dominios de la India, sus pueblos y sus príncipes.

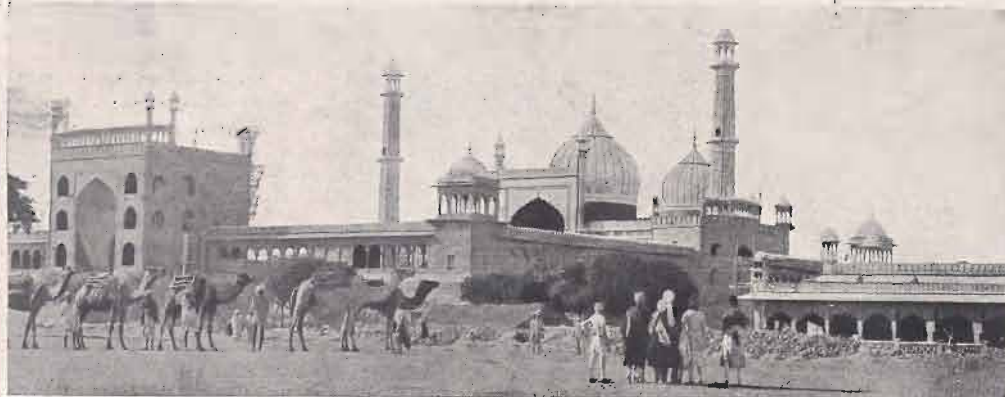
En 1877, se reunía el gran Durbar de Príncipes en el cual proclamaban los lazos que habían de ligar perdurablemente á la corona inglesa con los príncipes feudatarios de la India.

Los príncipes de la India ofrecieron sus espadas en las recientes guerras del imperio británico, en prueba de solidaridad.

Y todos han concurrido ahora, en prueba definitiva de los estrechos lazos que unen á las diversas partes del Imperio británico, con la magnificencia extraordinaria de que han dado cuenta las revistas y periódicos últimos.



El Maharajah de Benares



La Jumna Musjid, Delhi

GUILLERMO VALENCIA



ENTRE la lucida pléyade que forma la juventud literaria sudamericana, descuellan siete ú ocho poetas de elevadas concepciones y exquisita rima, cuya reputación, no sólo ha salvado las fronteras de la patria respectiva, sino que también cruzó el océano para llevar á la vieja Europa, como nunciador heraldo, el eco de nuestra floreciente literatura. De tal falange forma parte, como uno de los primeros, Guillermo Valencia, nombre que no es nuevo para los círculos intelectuales chilenos.

Guillermo Valencia se doctoró en Bogotá; posteriormente fué á Europa en desempeño de una misión diplomática y en París perfeccionó sus ya vastos conocimientos literarios, impregnando su alma con la esencia de la de los príncipes del verso, Musset, Baudelaire, Gauthier, Vigny, Pruhomo y Leconte de Lisle, Mallarmé y otros, cuyas mejores composiciones ha traducido con escrupulosa fidelidad y admirable inspiración.

No menos notables son, igualmente, las traducciones de Valencia, vertidas al castellano, de la lengua del Dante, interpretando

á D'Anunzio y á Carducci, pues el poeta conoce varios idiomas y los maneja con correcta elegancia.

En su libro de poesía, "Rito", hay poemas como "Anarkos", "Los Camellos", "En el Circo", "Cigüeñas blancas" y otras composiciones que bastarían por sí solas para formar la reputación del poeta. Sonetos, como cualquiera de los mejores del Petrarca, se andan en diarios y revistas sudamericanos, pregonando la fama del poeta que en punto de expresarse en el idioma de las musas, es el más castizo y elegante de la lengua castellana en Sud-América.

El poeta representó á Colombia como delegado á la Conferencia Panamericana de Río Janeiro.

Allá, una noche serena, en la terraza del Internacional Hotel, desde donde se dilataba la imponente decoración de aquel panorama único de la tropical metrópoli, ante Ruben Darío, Samuel Blixen, Froilán, Turcios, Molina, Olavo Bilac, Elysio de Carvalho y otros distinguidos intelectuales, oímos recitar á Valencia algunas estrofas de su poema inédito aún, "Zarathustra". Tal poema y muchas más producciones de Valencia, que no han visto aún la luz, le abrirán las puertas de la inmortalidad, cuando el poeta se resuelva á testar esa gloriosa herencia para las generaciones futuras.

VOZ MUDA

Como casto abanico cuyos pliegues recata una mano de virgen, bajo el broche de plata estas hojas ocultan su misterio de amor. Negra oruga que habita los oscuros tinteros encamina los pasos por lejanos senderos y no manches la albuza de estas ramas en flor.

Si aparecen tus huellas, en arisca bandada se levantan los sueños, de la tela manchada como grupo de garzas cuando asoma el lebre; deja oír el silencio de las frases no escritas, roedor alfabeto, que al espíritu quitas tantas fibras sonoras, tanta gota de miel!

Hay un fuego que anima lo Inviolado; destella con el ojo del niño, con la pálida estrella áureos lotos errantes por el piélago azul; es el Mago que enciende los rubores de grana y en el campo desnudo de la Venus pagana, hizo pliegue discreto sobre el diáfano tul.

Lo inviolado es la rama donde forjan ensueños avecillas gemelas, cuyos cálidos sueños interrumpe la aurora con su grito de luz; es de sacras abejas la colmena sonora que atesora las mieles de una rústica flora en las cóncavas grietas de amarillo saúz.

Lo Inviolado es el cáliz de una lívida rosa donde tiemblan los iris de sutil marinosa. ágil beso con alas de una flor á otra flor; es la rubia pestaña de la virgen que adoro, cuyos ojos cautiva con sus hilos de oro (leve jaula de halcones con que caza el Amor).

Lo Inviolado es albuza; virginal idioma do son cifras el ala de la esquiva paloma y el oriente ovalino de las perlas del mar; donde ríman los cisnes de multido plumaje con las nieves del monte con la espuma salvaje, y las gasas del alba con el fresco azahar...

Oye, pálida virgen, la de negras pupilas, que en las horas rosadas de las tardes tranquilas melancólica observas la caída del sol; si á las hojas sin letras sus misterios arrancas, ballarás en el fondo de las páginas blancas la tristeza infinita del plomizo arrebol.

Cantan dulces anhelos bajo el ara bruñida de esas hojas sin sombra, como canta la Vida al través de los velos de eucarístico Pan. Vieja araña del tedio que tu red enmarañas por la página blanca, cual las negras arañas, hay allí mariposas: si te acercas, se van!

No alijes, oh bardo, tu fatídico acento; no interrumpas con ayes el callado concento que alzan tímidas voces de candor infantil; Bestia humana! no pises con tus cascos hendidos en las albas corolas de estos prados floridos, y no lloves tu Invierno donde reina el Abril...



UN VIEJO PINTOR

GUILLERMO VALENCIA.

ALMACEN DE TE WEIR & Co.

Delicias esquina Dieciocho

Nuestra bien surtida existencia de VINOS, LICORES, TÉES y provisiones en general comparten la garantía de CALIDAD Y PUREZA de WEIR & Co.



Como importadores directos podemos abastecer de todo lo mejor á los más bajos precios. **NOTA:** Esta sucursal tiene especial empeño en servir las órdenes para el campo con esmerada atención, cuidadoso embalaje y rápido despacho. Envíenos un pedido de prueba y quedará satisfecho

Casilla número 2332
Teléfono núm. 1800

SANTIAGO



L. LEGRAND
Parfumeur
Paris

Pedir las últimas novedades
de
Perfumería Oriza:

Esencias Age d'Or
Eventail
Relique d'Amour, etc

Ensayarlas es adoptarlas
De venta en las principales Boti-
cas y Perfumerías

FAMILIA

REVISTA MENSUAL

Modas, Labores de Mano, Modelos de Muebles, Casas, Co-
cina, Consejos para el hogar, Cuentos, Novelas,
Música y cuanto pueda desear una bue-
na dueña de casa.

Unica en su género en Sud-América

SE PUBLICA EL TERCER DOMINGO DE CADA ME

Material ameno é instructivo

Precio: UN PESO

Suscripción anual: DIEZ PESOS

Debido á la excelente acogida que le ha dispensado la
sociedad en general, cada vez aparece más interesante y nu-
trida de material que va llenando cumplidamente las expec-
tativas de sus lectores, para cuyo fin la Empresa editora no
omite sacrificios de ningún género.

"FAMILIA", puede decirse, suple con ventajas la falta de
publicaciones extranjeras de su clase, las que por su alto
precio y limitada circulación en el país no están siempre al
alcance de tantas personas que necesitan una revista de mo-
das. - Hay colecciones completas desde el primer número.

Dirección y Administración: CALLE TEATINOS, 666

La Reina de todas
las Aguas Coloniales
es la
Agua Colonia "Lilac"
de Gustav Lohse, Berlín

En venta en todas las casas buenas del ramo